



Los sueños de aserrín

JOSÉ ANTONIO ROSIQUE

NARRATIVA URBANA · CIUDAD DE MÉXICO

LOS SUEÑOS DE ASERRÍN

Primera edición: diciembre de 2018

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
UAM-Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Col. Villa Quietud, Coyoacán
C.P. 04960 Ciudad de México

Sección de Publicaciones
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Edificio A, tercer piso
Teléfono: 5483 7060
[pubcsh@correo.xoc.uam.mx]
[<http://dcshpublicaciones.xoc.uam.mx>]

ISBN: 978-607-28-1417-2

Agradecemos a la Rectoría de Unidad el apoyo recibido para la publicación.

Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico

Los sueños de aserrín

JOSÉ ANTONIO ROSIQUE



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, Eduardo Abel Peñalosa Castro

Secretario general, José Antonio de los Reyes Heredia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rector de Unidad, Fernando de León González

Secretaria de Unidad, Claudia Mónica Salazar Villava

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Director, Carlos Alfonso Hernández Gómez

Secretario académico, Alfonso León Pérez

Jefa del Departamento de Relaciones Sociales, Carolina Terán Castillo

Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

Aleida Azamar Alonso / Gabriela Dutrénit Bielous

Diego Lizarazo Arias / Graciela Y. Pérez-Gavilán Rojas

José Alberto Sánchez Martínez

Asesores del Consejo Editorial: Luciano Concheiro Bórquez

Verónica Gil Montes / Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL

Sergio Méndez Cárdenas (presidente)

Gerardo Ávalos Tenorio / Jorge E. Brenna Becerril

Janette Góngora Soberanes / Lisset Márquez López

Jaime Osorio Urbina / Mario Ortega Olivares

Guadalupe Pacheco Méndez / Adriana Plascencia Díaz

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez

ÍNDICE

Advertencia	11
Tarzán michoacano o sastrecillo valiente	37
Dolores: el Tigre de Tacubaya	53
Los sueños de aserrín	61
El efímero compadre Luis	71
Las chinguiñas del Alpiste	79
El gato de las siete vidas	85
El Alpiste en la selva cañera del Zacatepec	91
Ora pro nobis	99
La fila de los burros	107
Los años maravillosos	113
De Cacahuate a millonario	119

La historia está vinculada a la memoria. Para mí la historia es el presente, no es algo que se estudie, no es sólo académico, es motivo para comprender. Para mí, siempre, escribir sobre el pasado es aclarar el presente. Somos lo que somos, porque fuimos lo que fuimos.

Arturo Pérez-Reverte*

* Periodista español del *Diario Milenio*, donde publicó el artículo del que extraje este epígrafe el 30 de diciembre de 2017. Autor de las novelas *Un día de cólera*, *El asedio*, *Hombres buenos*, y *La carta esférica*. Premio Goya al Mejor guion adaptado y miembro de la Real Academia Española desde 2003.

Advertencia

HLACE TIEMPO QUE QUIERO RESCATAR los recuerdos infantiles del Alpiste, amigo con el que tuve vivencias entrañables cuando iba a jugar a su casa, una cuadra abajo de la mía, y aunque me pregunto si tendrá sentido contarles sobre cosas tan inocuas que sólo vivimos él y yo cuando éramos chicos, me voy a arriesgar, consciente de que en las reuniones de sobremesa de mi familia, a veces hay parientes a quienes les gusta ponerse a platicar de sus cosas, sin mayor interés para los demás, y ¡ah cómo aburren!, al grado de que cuando nos empieza a entrar la modorra, entonces alguien dice: “los invitados ya tienen sueño”.

En mi caso, confieso que llevo tiempo escribiendo –supuestamente de manera formal– problemas sobre el desarrollo y la historia de la ciudad, hasta convertirse en una megalópolis ingobernable. Por eso mismo, ahora que me siento impulsado por contar en llana prosa, algo de lo que viví al lado de mi cuate, espero transmitir con emoción y algo de calidad literaria, aquel pasado del que fuimos testigos, al lado de los personajes que aquí aparecerán. En lo personal me parece interesante contárselos, no porque me involucre a mí, sino porque platicado por el Alpiste, con la pasión y nostalgia con que lo hizo, me entretuvo tanto,



Bajada de la avenida Observatorio,
frente a la Prepa 4 de la UNAM.

como si hubiera leído un cuento de la narrativa mexicana, de esos que caen en tus manos y te los quieres devorar de un jalón.

Dicho lo anterior, les comparto que una tarde –pasando en mi coche “hecho la raya” sobre la bajada de avenida Observatorio, ahí por donde está la Prepa 4– de repente volteé hacia el callejón General Plata, donde viví mis primeros 28 años, y como siempre lo hago cuando paso por ahí, eché un vistazo de reojo e inesperadamente mi vista se cruzó con la del Alpiste, quien al reconocermeme me siguió con la mirada, y a pesar de tanto tiempo sin vernos, su reacción inmediata fue levantar el brazo derecho y agitar la palma de su mano, por lo que me sentí forzado a dar el volantazo, para hacerme a un lado del paso a desnivel y detenerme en la lateral que va hacia el Periférico, exactamente donde estuvo la vecindad a la que le decíamos “Las Catacumbias”, porque en sus ruinosas viviendas, que sobrevivían a la época del Porfiriato, no faltaban los bailes que organizábamos los sábados desde el mediodía con el estéreo que sacaba el Chavo, un cuate treintañero ya casado, a quien le encantaba bailar *La pollera colorá*, con su esposa, que estaba bien buenota.

Entonces paré el coche justo afuera del zaguán, donde acostumbraba dormir el Chirrisquis, en una cama que improvisaba todas las noches con cartones y una vieja cobija militar; por cierto, me acuerdo que una mañana de invierno amaneció bien tieso de frío, acompañado de su inseparable botella de alcohol, a la que le ponía unas hojas de naranjo para, según él, darle sabor, cuando la mayoría de las señoras hincadas usaban los lavaderos que estaban al fondo, la mamá de Laura, una güerita de ojos azules, salió temprano a recoger sus botellas de leche y se dio cuenta de que todavía no se levantaba el Chirrisquis; su reacción inmediata fue

echarle un grito: “Ya levántate cabrón, que estás estorbando el paso y no vas a llegar al hospital”. Como no respondió, pensó que esta vez se le habían pasado los alcoholes, porque los miércoles de cada fin de mes, siempre se iba en ayunas a vender su sangre para tener con qué seguir chupando; en eso salió el papá del Monchis y de inmediato se dio cuenta que el Chirrisquis ya estaba muerto; así que mejor fue a buscar a sus cuates los teporochos, para que le ayudaran a meterlo al cuarto de un club de alpinismo, que estaba ahí desde que murieron varios jóvenes de la colonia, al voltearse el camión de excursión en el que subían al Nevado de Toluca.

En ese cuarto, que tenía un sillón de tres plazas, una mesa al centro con algunas sillas y varias fotos de las personas que habían muerto en aquel accidente, muy sonado en la colonia, nos juntábamos a jugar cartas los sábados por la noche hasta entrada la madrugada de los domingos, y fue ahí, en uno de los sillones viejos, donde se puso el cadáver del Chirrisquis, mientras se solicitaba cooperación en la vecindad y en el callejón para comprar la caja, las velas y traer al padre para que le diera la bendición; también tuvo que venir “de a grapa” el doctor Estañol, para hacer el reconocimiento y llenar el acta de defunción que solicitaban en el panteón; ya para el anochecer, empezaron los rosarios encabezados por doña Chole –quien se sabía todas las letanías– acompañados del respectivo “chupe”, que se había iniciado desde temprano, entre los papás de mis cuates, quienes a veces también se reunían. El asunto era que había que darle cristiana sepultura, deseárselo lo mejor en su nueva vida en el cielo, aunque en el Panteón Dolores, finalmente lo mandaron a la fosa común y la comunidad “tuvo que apechugar”, porque nadie quiso que el Chirrisquis compartiera fosa con sus familiares ahí enterrados.

También, a dos puertas de ese zaguán, pasé por afuera del local donde estuvo Lalo's, la lonchería que abrió el papá del Beso, aprovechando la demanda creciente de los alumnos de la Prepa, que al paso de tres años ya tenía sus grupos completos; eso fue un exitazo entre semana porque eran miles de muchachos los que se atravesaban la avenida Observatorio para tomar su camión y se reunían desde temprano para oír la música de Radio 590, que era de puro rock de la época, o ponerle monedas a la rockola para escuchar sus canciones de preferencia, además de que los sábados, que era día de raya para los que trabajábamos en la zona, nos echábamos nuestros hot dogs, junto con los cuates de la flota, que por la tarde nos juntábamos para jugar una "cascarita de fut o un tochito", liderados por Fito, que estudiaba medicina en la UNAM, y por Juan Culin, que a pesar de ser tan chaparrito, jugaba de tacle en los Burros Blancos, porque estudiaba ingeniería en la ESIME.

Por cierto, tampoco se me olvida la tarde que varios amigos del callejón nos fuimos a verlo jugar al estadio de CU, contra el equipo de la base naval de Pensacola, que por aquellos años venía cada temporada a jugar contra los equipos del Poli. Esa vez vimos desde lo alto de las tribunas a Juan Culin, chocando con furia en la línea de golpeo contra los enormes güerotes de aquel equipo norteamericano. La verdad, que además de ser de los más grandes de la flota, también eran nuestros ídolos y eran los que marcaban lo que se iba a hacer cada fin de semana; si nos íbamos a bailar al Hoyo, un taller mecánico de El Chorrito, que lo habilitaban como salón de baile los sábados y domingos por la tarde, o si nos organizábamos el domingo temprano para ir a la matiné del cine Ermita, a ver tres películas por \$ 1.50 y tratar de ligarnos

a alguna de las chavas allá en el segundo piso, quienes también iban con las mismas malas intenciones.

Total que con la sorpresa de ver al Alpiste, ahí en la esquina del edificio, inmediatamente me bajé del carro, di el portazo y me fui a saludarlo con apretones efusivos de mano y abrazos plenos de palmadas y jaloneos espontáneos, como si fuéramos diputados del PRI; todo eso, producto del gusto que nos dio reencontrarnos después de tantos años de no vernos, ahí, justo en la entrada de mi inolvidable callejón, donde sigue en pie el árbol que hace 100 años sembró el Chango, para que sus hijos, el Chavo y el Guante, el que fue novio de la hermana de la Rorra, pusieran su columpio con una reata, al que nadie podía subirse, a menos que pagara una peseta a su mamá, tocando previamente en la ventanita de su sala, para avisar que lo iban a desenredar de la rama donde estaba amarrado.

También sigue en pie en la mera esquina después de 90 años, el viejo edificio de departamentos, donde vivían el Alemán y su hijo con el perro que todas las mañanas y tardes sacaban a dar una vuelta por la cerrada; además ahí vivían los Cuñados, dos cuates que tenían una hermanita bien bonita a la que todos le traíamos ganas, pero nos las aguantábamos, porque ellos eran buena onda con todos nosotros y primero era la amistad que andarles dando baje con la hermana; en la azotea, a donde nos subíamos por la noche varios de nosotros a platicar de cualquier pendejada, mientras admirábamos el paisaje luminoso de la ciudad, rentaba un cuarto la mamá de la Coneja, niño que no tenía papá, pero que era muy simpático y todos le hacíamos bullying de puro relaxo, ya que todo el tiempo se la pasaba con nosotros; por cierto, ese niño luego entró a la prepa y de ahí se fue a estudiar derecho a

la UNAM donde se hizo un abogado muy exitoso, luego puso su despacho cerca de la Cámara de Diputados y les llevaba sus asuntos.

Un poquito más arriba, sobre la avenida en el último local del edificio, estaba la nevería del papá del Paletas, donde siempre que llegábamos a tomarnos un *ice cream*, él estaba leyendo alguna novela, además de que hablaba inglés y algo de italiano, así que a los del callejón nos tenía bien apantallados; tal vez por eso me dio baje fácil con la Rorra, niña que tenía carita de muñeca y que vivía enfrente de mi casa; la verdad no le agarré resentimiento, porque a los pocos días de que me cortó por él, conocí a otra chica igual de bonita en el fondo del callejón y nos hicimos novios durante un buen rato.

Como el Paletas sabía que yo iba a ir a visitar a unos parientes en Estados Unidos que no hablaban español y yo no hablaba inglés, un día me llevó al Instituto Michigan; al darme cuenta de que era bien padre andar por ahí entre mis cuates del callejón echándome mis frases de corrido en inglés, detonó en mí el gusto por echarme los nueve libros, pero me empezó a costar mucho trabajo lo de las conjugaciones en subjuntivo y lo de los adverbios, pues la secundaria la había pasado de noche. De cualquier manera, durante tres años, todas las tardes como a las 6, tomaba mi camión hacia el centro y bajándome en Bucareli caminaba un par de cuadras sobre Donato Guerra para llegar al Instituto; también recuerdo que a mi papá le dio mucho gusto que yo aprendiera inglés y por eso de regalo me mandó a visitar a los tíos gringos en Pensacola y de paso me fuera hasta Nueva York, donde conocí a un militar que había estado en la Segunda Guerra Mundial, pero estaba medio tocado y como sus hijos vivían con su mamá



La COVE de avenida Observatorio
y Ferrocarril de Cuernavaca.

del otro lado del país, ya casi me quería adoptar; me decía que ya no regresara a México.

Pero regresando a mi reencuentro con el Alpiste, en aquella esquina de recuerdos, nos la pasamos un buen rato platicando de un “madral” de cosas, recargados, uno en el poste de luz y el otro en el vértice de la esquina del edificio, a dos cuadras de donde estuvieron las vías del tren a Cuernavaca, camino hoy convertido en Periférico con primero y segundo piso, cuyos rieles e histórica estación de Tacubaya desaparecieron, junto con la COVE, donde se fabricaban los uniformes del ejército, además del trencito amarillo ocre que subía por la avenida hacia Belem de las Flores, donde la gente de la colonia subía los fines de semana de día de campo; el hecho es que estuvimos platicando como si fuéramos comadres, de todo lo que nos sucedió cuando en aquella vecindad familiar, donde siempre había alguien mayor, al pendiente de lo que hacíamos los chamacos.

Nuestra inusitada plática sucedió mientras entraban y salían del callejón personas que yo ya no reconocía o que de plano no recordaba. ¿Quién es esa chava? –le pregunté al Alpiste:

—Es la nieta de la Gallina, la que era novia del Memo.

—¡A poco!, no mames, ¿tan viejos estamos ya?; ¿y este cuate que lleva puesta esa cotorina toluqueña?:

—Es el hijo del Pollo y nieto del Berna, que por cierto se nos acaba de morir.

—¡No jales!

—Sí, y vinieron al velorio sus cuates que trabajaban con él en la imprenta del señor Linares, o sea, el Ramón y el Esteban, el chaparrito que anduvo tan entrado con tu prima la Popotitos.

Y así se fue yendo la tarde y las primeras horas de la noche, platicando y dándole una repasada a nuestro lejano pasado, viendo a los que entraban y salían del callejón, que para mí representaba esa nostalgia que se va arrinconando en alguna parte del corazón cuando llegas a viejo; eran las nuevas generaciones de aquel barrio ahora ruidoso, inseguro y lleno de coches, que dejé cuando me tuve que ir a vivir al sur de la ciudad, zona que se había empezado a urbanizar, cuando se construyó Villa Coapa y el Periférico, que se extendió hasta el Canal de Cuemanco, donde fueron las competencias olímpicas de remo y canotaje en 1968.

Total, que nos dieron como las 9 de la noche platicando y tomando una “chela” que compramos en La Michoacana, la de los Jaimes, los amigos del padrino del Alpiste, al que le cayó un avión con caballos una tarde que venía de Toluca. Como esta tardanza estaba fuera de mis planes y soy bien mandilón, entonces le dije al Alpiste:

—Ya me voy cabrón, pero tenemos que volver a vernos —él asintió con la cabeza y me dijo:

—Claro, tú dime cuándo y aquí estaré puesto, sirve que para la otra, nos echamos unas chelas en mi pobre casa, acá en el fondo de la cerrada y a ver quiénes se nos juntan de los que quedan por aquí, pues el Fito ya también se nos murió hace un par de años, igual el Luisito, el que le ponía sus cates al Ratón, el hermano de Miky.

—Uh qué gacho, estaba bien jovencito. Bueno, pues órale, ya vas, ahí te ves.

Me dio su teléfono, que apunté de prisa en mi celular y “patas pa qué te quiero”, ya se me había hecho bien tarde y yo tenía que ir a mi casa hasta Coyoacán.

Dada mi deformación profesional y movido por la nostalgia que me atrapó con tantos recuerdos, lo primero que se me ocurrió fue que todo lo platicado podría convertirse en un artículo para alguna revista especializada de ciencias sociales, tal y como lo manejan los jóvenes literatos; comento esto porque de todo lo que me platicó el Alpiste con tanta parsimonia y detalles, sentía que no había desperdicio para un buen análisis sociológico, incluyendo cosas de las que yo ya ni me acordaba, pero que toman sentido en un esfuerzo por comprender la manera como se vivió en las colonias que en ese momento empezaban a formar la periferia del originario pueblo de Tacubaya, que en los años veinte era una población lejana del centro de México, al que sólo se podía llegar en el trencito que venía del centro por Arcos de Belem, hasta doblar en avenida Tacubaya y luego doblar a la derecha en Observatorio, justo en la esquina donde estaba el cine del mismo nombre.

Pero pensándolo bien, me di cuenta que debería ser contado en un género para públicos aficionados a la literatura de entretenimiento, algo que a mí se me podría complicar, porque yo nunca practiqué ese tipo de escritura, pues ni había llevado un diario, ni fui tan asiduo lector de cuentos o novelas, pero como con la edad a uno se le va olvidando todo, supe que de una u otra forma, ahora sí tendría que hacer el esfuerzo y me pondría a escribir, esto que creo es parte de la historia de personas que le dieron vida social a una parte importante de la Ciudad de México, cuando Tacubaya, igual que Tacuba, Azcapotzalco, Iztapalapa, Mixcoac, San Ángel y Tlalpan empezaban a expandirse con suburbios y colonias populares cada vez más lejanas hacia las salidas a Toluca, Querétaro, Puebla y Cuernavaca, como era el caso de las avenidas

Observatorio y Constituyentes, que se juntaban más arriba antes de llegar a Belem de la Flores y al kilómetro 13.

Lo contado por el Alpiste resultó para mí tan lleno de emociones encontradas, que después de estar acostumbrado a escribir –con aburrida sobriedad– ensayos sobre historia urbana, gobierno y gestión metropolitana, donde el esfuerzo implica mantenerse dentro de los límites de la “imparcialidad objetiva” para describir y analizar hechos fríamente, siempre en busca de las leyes generales que permitan explicar fenómenos político-administrativos que ocurren en torno al desarrollo de las ciudades, hoy me siento desbordado irreflexivamente por una fuerza de subjetivismo y con las emociones a flor de piel, para dejar testimonio de lo que fue la vida cotidiana dentro de esa casa donde nació y creció el Alpiste, de la gente que ahí vivió, los estanquillos de las esquinas a donde él iba a hacer los mandados de su mamá y sus tías, de sus calles de tierra y sin banquetas, lugares todos convertidos en rincones y recovecos con historias de niños, perros callejeros, borrachos de la cantina que estaba en la esquina, y de las parejas de novios que se veían al atardecer escondidos tras el follaje de los arbolitos, lugares con mitos propios y ajenos, de los adolescentes que jugaban fútbol con pequeñas pelotas de hule comprimido de colores, de las señoras que salían por las tardes a platicar con las vecinas, después de acabar con sus quehaceres; todos hechos vividos, guardados en los imaginarios de moradores que ya no están entre nosotros y no fueron rescatados y menos publicados en ningún diario, relato o cuento.

En fin, de aquellos lugares y “no lugares”, personas y tiempos que ya pasaron, que ya no están aquí, más que en la animada memoria del Alpiste, y que a fuerza de invocar recuerdos im-

pulsados por nuestro inesperado encuentro, terminan exaltando la nostalgia mutua, que se aferra a aquel pasado que alborota la memoria y el corazón, porque como él dice, “recordar es vivir, y revivir el pasado, es volver a sentir, pero ahora sin la compañía de los que quién sabe dónde estén o si vivirán todavía”; y eso es lo que reafirma nuestra motivación para contar, porque a lo mejor, en otro lugar lejos de aquí, también algunos de ellos se están acordando de nosotros.

Se trata de generaciones que, sin darse cuenta, fincaron la historia del tejido social de lo que ahora es el actual monstruo de la Ciudad de México, que ya no tiene cuatro millones de habitantes, ni las bellas y tranquilas colonias como la Escandón, Pino Suárez, Condesa, Nápoles, Del Valle, Narvarte o Polanco, todas con avenidas y glorietas llenas de flores o de las emblemáticas colonias como la Obrera, Roma, Portales o la San Rafael, o los pueblos originarios de Azcapotzalco, Coyoacán, San Ángel, Tacuba, Tacubaya, Mixcoac o Xochimilco, pues ahora lo que tenemos es simplemente una megalópolis fragmentada por el Periférico, el Viaducto, el Circuito Interior, el Metro, el Metrobús y los ejes viales, por donde a diario van y vienen más de veinte millones de personas de un lado a otro, abarrotando bases de microbuses, trolebuses y camiones, con infinidad de puestos semifijos que invaden escaleras, pasillos y banquetas para ofrecer comida, teléfonos, cosméticos, calcetines, medias y cualquier cosa que se requiera para el uso personal o para la casa. Una ciudad que es transformada física y socialmente por temblores como los de 1957, 1985 y 2017, que dejan huellas muy dolorosas en las calles y en el corazón de sus habitantes.

Por eso mismo me parece que este ejercicio forzado por mi insistencia en darle sentido a ese encuentro casual, que también sirve de catarsis para los vacíos que ha dejado un pasado vivido con intensidad, aunque a la vista de los actuales habitantes de la Ciudad de México, pueda parecer irrelevante lo que sienta o lo que nos cuente el Alpiste de su pasado, siendo uno más de tantos que sobrevivimos en esta selva de asfalto, donde a diario se multiplican las tragedias, los conflictos y la violencia social, producto de la densidad y la intensidad con la que se vive en una ciudad enorme, moderna y desigual, pero que nunca ha dejado de ser lo que decía Gustavo Sainz, “El Rancho Grande”.

Antes de ir más adelante en lo que pretendo contarles, insisto que dentro de mi formación hay poco de dominio literario; sí, entre los años sesenta y setenta leí *Cien años de soledad*, *Demian*, *El tercer ojo*, *Siddhartha*, *El lobo estepario*; de vez en cuando todavía leo un poco de la *Biblia*, del *Quijote* y algunos cuentos y obras de escritores conocidos como Paz, Fuentes, Paco Ignacio Taibo II o Elena Poniatowska; en su momento también leí algo del pelado de José Agustín, al que por cierto cuando era muy joven, su papá, el “Pajarito Ramírez”, que era piloto de Mexicana de Aviación, lo llevó a la sastrería del papá del Alpiste para que le hicieran un traje muy estrafalario, con el pantalón más pegado de las piernas que se le hubiera hecho a alguien; hoy sé que ese escritor tan visible para los jóvenes de nuestra época, vive en un refugio campestre en los alrededores de Cuautla y sigue siendo una referencia literaria importante.

Gustavo Sainz, fallecido recientemente, fue mi maestro en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, antes de que se fuera a dar clases a las universidades norteamericanas por broncas que

se echó por andar publicando fotos de artistas que no estaban permitidas y por demandas que le puso El Palacio de Hierro por andar usando su nombre en una de sus novelas; por lo tanto, con él tuve que leer *Gazapo*, *La princesa del palacio de hierro* y *Obsesivos días circulares*; también Gerardo Estrada fue mi profesor, antes de que fuera director de Bellas Artes y últimamente director del Auditorio Nacional; él nos ponía a leer novela negra para que aprendiéramos a identificar las hipótesis de investigación de los agentes policíacos que investigaban sobre algún asesinato; de Gabriel Careaga, también extinto en 2004, tuve que leer su libro sobre *Mitos y fantasías de la clase media en México*; bueno, en esos tiempos, hasta llegué a entrar a las clases de Hugo Gutiérrez Vega, también muerto en 2016, porque era ídolo de Gabriela Durazo, Carmen Mantecón y Paz Consuelo, compañeras inseparables de sociología.

Pero en los sesentas, lo de mi generación era entender el cambio social, la revolución socialista, el capitalismo monopolista de Estado, la carrera armamentista entre la URSS y Estados Unidos. Como la Facultad de Ciencias Políticas era muy chiquita, le decían “El kínder”, pero tenía su jardincito central con una pequeña cafetería donde desde muy temprano nos atendía el famoso Tacho, que siempre andaba bien ataviado con su casaca blanca y pegando de gritos para que levantaran las manos los de los molletes, los de los huevos a la mexicana o los del café con bísquets.

En aquellos tiempos, no pudimos perdernos las magistrales clases de don Pablo González Casanova, antes de que fuera rector de la UNAM, de Enrique González Pedrero, antes de que fuera gobernador de Tabasco, de Pedro Zorrilla Martínez, antes de que

fuera procurador general de la República, de Francisco López Cámara, antes que fuera delegado de la Magdalena Contreras, de Víctor Flores Olea, antes que fuera subsecretario de Cultura, del joven Carlos Pereyra, connotado marxista que lamentablemente muriera muy joven de cáncer, o de Eli de Gortari, después de haber estado en la cárcel por apoyar los movimientos estudiantiles en la universidad michoacana donde fue rector. ¡Vaya tío incómodo de Carlos Salinas de Gortari!

La verdad, honestamente, en estos tiempos de polarizaciones sociales y económicas servidas en todo el mundo, ya no sabemos ni qué decirles a las nuevas generaciones sobre el futuro del país, ni de las ciencias sociales y menos de las profesiones que hemos pretendido mantener en las universidades como viables para resolver los problemas del mundo y la sociedad actual.

También hay que reconocer que en los desvíos y confusiones vividos por los universitarios entre mediados de la década de los sesenta y la de los setenta, unos nos hicimos más hacia el lado del gobierno, que era donde había trabajo, otros más devotos con los principios marxistas, nos mantuvimos cercanos a la cómoda vida de las universidades públicas y los centros de investigación social que garantizaron la quincena segura y dentro de la burbuja que se formó en ellas después de los movimientos estudiantiles, con cubículos tranquilos que huelen a café, para discutir en libre albedrío en contra del gobierno y el imperialismo, apoyados en los periódicos y revistas, obviamente los de izquierda, arropados desde la autonomía académica que nos heredaron nuestros abuelos en la década de los veinte, pero eso sí, interpretada a nuestra conveniencia.

Otros, atraídos por nuestra naturaleza crítica, le dimos rienda suelta a la tentación del activismo político y entonces con el tiempo fuimos prosperando al lado de los partidos clandestinos que luego lograron su registro para participar en los procesos electorales, pasando a formar parte del *statu quo* y apoyados con recursos públicos; otros, los menos, motivados por las revoluciones de Lenin, Mao Tse-Tung, Fidel Castro, la guerra de Vietnam y las guerrillas del Che Guevara, y seguros del fracaso de llegar al socialismo por la vía electoral protagonizada por Salvador Allende, nos radicalizamos tanto que tomamos la arriesgada y utópica vía armada, dando lugar al negro episodio mexicano de la “guerra sucia”, al lado de las dictaduras en el Cono Sur, que llevaron al extremo los episodios de la represión, la persecución y el asesinato de estudiantes, profesores y líderes sindicales, algunos de los cuales pudieron escapar hacia México e incorporarse a la vida universitaria.

Ante ese pasado intelectual tan confuso, tortuoso y pleno de tropiezos, mi intención por escribir las líneas siguientes, tiene que ver más que nada con una gran frustración personal, al darme cuenta de que a estas alturas de mi vida, todo lo leído y escrito de poco ha servido porque, entre otras cosas, a muy pocas personas les interesa el género científico-social y menos a la élite política o a los gurúes empresariales, que nos consideran abstractos, utópicos y poco prácticos.

Dicho lo anterior y sin más aclaraciones, trataré de contar la historia de vida narrada por el Alpiste y de algunos de los personajes a su alrededor, de la manera más sencilla y clara posible, consciente de mi gran limitación para hacerlo de una forma creativa, como seguramente sí lo haría alguien con un poco de talento

narrativo y que haya pasado algún tiempo por las prestigiadas escuelas de letras que tenemos en México.

No obstante pienso que tratar de rescatar las formas de vida y de organización social para tener un techo donde vivir y para resolver problemas de subsistencia de su vida cotidiana, además de analizar las maneras de actuar de personas sencillas como la familia del Alpiste, pero también conocer a partir de este casual diálogo, sobre la vida de sus vecinos y recordar los lugares que sobreviven del paisaje urbano de aquella Ciudad de México que mantenía muchos de los rasgos porfirianos con casas, vecindades y edificios construidos de adobe y techos catalanes sostenidos por vigas, trenes amarillo ocre y de vapor que conectaban a los barrios de la ciudad con otras ciudades de provincia, nos permite contrastar lo que finalmente se consolidó como la ciudad moderna, industrial y de servicios con un Estado centralizado que emanciparía al individuo de las ataduras tradicionales de la vida aldeana, con una personalidad superior, más civilizada, racional y guiada por el intelecto, más que por la costumbre y las vicisitudes de la naturaleza, produciendo un individuo libre, culto y más solidario.

Desde luego que aquella ciudad y aquella colonia del Alpiste ya no son las mismas, aunque sigan ahí algunas de las casas, y avenidas que fueron construidas a principios del siglo XX, pues los cambios tecnológicos, urbanísticos y culturales de la vida metropolitana actual, donde la electrónica está en manos de prácticamente toda la población, con servicios sofisticados ligados a la globalización, plazas comerciales de lujo por todas las zonas de la ciudad, con automóviles al alcance de la mayoría de los sectores populares utilizándolo como principal medio de comunicación, nos ha impuesto un sentido del lugar diferente que también

cambia nuestra concepción del mundo y por lo tanto también de actuar frente a una forma muy diferente de funcionamiento a la ciudad y sus actores, pues cambió por completo la manera de relacionarnos aun entre parientes, dejando lejos cualquier aspiración nostálgica de poder regresar a los días pasados de la cohesión social que se vivía, no sólo al interior de la familia extensa del Alpiste, sino de la vida comunitaria entre los vecinos de la colonia Observatorio, cuando las familias se conocían, mandaban a sus hijos a las mismas escuelas oficiales, se encontraban en misa de los domingos en alguna de las tres iglesias cercanas; también asistían con devoción y respeto a los velorios de sus vecinos y participaban en la organización de las posadas para que los niños salieran a cantar la letanía y romper las piñatas cada fin de año. Los dueños de la panadería, de la tlapalería, del estanquillo, del taller mecánico, de la botica o el doctor, vivían en el mismo lugar donde estaban sus negocios, por lo que sus clientes eran también sus vecinos y aunque se empezaba a marcar la diferencia de clases sociales, todos se ayudaban entre sí, cuando alguien tenía algún problema serio.

Hoy tenemos que aceptar que aquella ciudad como comunidad social, prácticamente ha desaparecido; la gran cantidad de fraccionamientos nuevos y la infinidad de colonias que se forjaron a partir de invasiones de terrenos o en suelo de conservación ambiental, terminaron con los límites reconocibles para sus antiguos habitantes; aunque algunos de los primos y sobrinos del Alpiste siguen ocupando la misma casa del abuelo que ya va en la segunda transmisión hereditaria, hoy cada quien resuelve sus problemas por su cuenta; el fuerte sentido de solidaridad y cooperación característico de la familia en los tiempos de don Juan,

cuando se practicaba un precioso conjunto de valores comunitarios, ya se extinguieron; lo que dominó entre ellos, de los años setenta en adelante, fueron los préstamos a rédito o los negocios pactados bajo contrato o incluso frente a notario; las tarjetas de crédito acabaron con los créditos en abonos entre vecinos, que ahora ya ni se saludan ni se conocen; más bien toda relación parte de la desconfianza; no falta la casa que se convirtió en estacionamiento público, en salón de baile los fines de semana o en tienda de narcomenudeo para atender la demanda de los jóvenes de la Prepa 4; los limitados espacios de estacionamiento en sus calles, se convirtieron en territorios conflictivos; ahora las esquinas son asechadas por grúas que enganchan los autos que llegan a estacionarse de momento, como si fueran avenidas del centro de la ciudad; el viejo velador que pasaba todas las noches pitando su silbato para avisar que había vigilancia, desapareció hace muchos años; el mundo urbano que imaginamos como logro de la modernidad, para decirlo con Murray Bookchin, se volvió:

Salvajemente violento, torpemente indolente, barrocammente decadente y fríamente monótono, cruelmente masificado y aterradoramente alineado, obsesivamente egocéntrico y enfermizamente despersonalizado. La ciudad moderna ofrece muy pocas ventajas capaces de compensar la pérdida del pueblo tradicional o la vitalidad de los viejos barrios urbanos; la ciudad como comunidad social está desapareciendo rápidamente.¹

En la familia del Alpiste se acabaron aquellos individuos con ideales sencillos pero seguros de sí mismos. En la colonia

¹ Murray Bookchin, *Los límites de la ciudad*, Madrid, H. Blume Ediciones, 1974.

Observatorio, como en tantas otras colonias originarias o emergentes de la ciudad, había individuos ligados a su comunidad barrial, eran líderes que respetando al mismo tiempo su identidad y pertenencia al barrio que consideraban su “patria chica”, mantenían su independencia personal. Así parecían ser los tíos del Alpiste, los vecinos y los ciudadanos de esos tiempos.

Quizá porque les tocó vivir la época del “milagro mexicano”, a esos personajes les entusiasmaba escuchar el Informe Presidencial cada 1 de septiembre, ir a escuchar el grito al Zócalo la noche del 15 de septiembre o ir a ver los desfiles cada 16 de septiembre y cada 20 de noviembre; de todas las casas, diario salía alguien a barrer su banqueta o a regar a cubetazos la calle que no estaba pavimentada.

Este cuento vale por recordar una ciudad que llegó a sus límites en la década de los setenta y quizás el haberla conocido desde mi infancia a mediados de la década de los cuarenta, me confiere el derecho de emitir un juicio autorizado sobre el futuro para esta megalópolis, que vive gobernada bajo una recesión democrática que no sólo es regresiva, sino que va de mal a peor, tal y como lo previó Platón en la Atenas de hace 2 400 años, cuando afirmó que el fin de las polis griegas estaba por llegar, pues de príncipes buenos que gobernaban en busca del bien común, se pasó a príncipes malos que transitaron hacia la tiranía, “la forma ínfima con la cual la degradación política toca fondo”, según su alumno Aristóteles.

Hoy, a la luz de la historia urbana de nuestra metrópoli, la Ciudad de México, junto con las grandes ciudades del mundo, aparece como la negación misma de lo que en épocas pasadas, indudablemente fueron más civilizadas y con mayor vida ciudadana.

Empecemos pues por una descripción previa que considero necesaria sobre la estructura familiar del Alpiste, pues la fuerza de las emociones que le produjo al encontrarnos y empezar a contar todas esas historias, lo puso en el camino de recordar a detalle cosas sobre su casa en Calderón, lugar donde nació y creció en el entorno de una familia extensa liderada por un abuelo que emulaba ser un terrateniente de tiempos de don Porfirio, sin serlo, pero sí sintiéndose responsable como *pater familias* de sus tres hermanas solteras, sus 10 hijos y nietos, y siendo autoridad respetable para los 6 u 8 trabajadores de la sastrería de su yerno; cada quien, dentro de esa comunidad familiar, se iba tornando en personaje independiente, que bien se podría novelar, ya que en su momento, todos cohabitaron en aquella casona, que semejaba un palomar en el corazón de la colonia Observatorio, donde a diario ocurrían cosas importantes para ellos, de las que sólo podré contar algo, a partir de lo que rescaté esa tarde.

Hay que hacer notar que esta figura de *pater familias* se asocia bien al concepto de clanes que es mucho más antiguo en la sociedad humana, pues data de cuando los guerreros tribales de Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma más destacados, veían coronados por el éxito de sus victorias militares sobre otros pueblos, convertirse en únicos propietarios de las tierras ganadas y luego las podían repartir en parcelas entre los miembros de su clan, con los que tenían alguna relación de parentesco. Guardando las proporciones, en este caso, el éxito del abuelo del Alpiste había sido que, habiendo desarrollado el hábito del ahorro –siendo un modesto obrero en algunas de las emergentes fábricas de la etapa posrevolucionaria– se había hecho de un terrenito en la periferia de Tacubaya, lo suficientemente grande como para construir

la primera fase de la casa en la que viviría con sus 10 hijos e hijas, para luego seguir construyendo otras habitaciones para que cuando se casaran, pudieran ofrecer a sus parejas un techo seguro y barato donde vivir y tener a sus hijos. Como los yernos en su mayoría provenían de aquella generación de migrantes del campo a la ciudad de los años treinta y cuarenta, pues este modelo de inserción familiar era de lo más normal en sus lugares de origen, así que se adaptaban fácilmente y muy conformes con el proyecto acogedor de don Juan.

Ese fue el lugar y el contexto social que sirvió de escenario donde nació el Alpiste y pasó sus primeros 15 años de vida. Fue su interesante infancia la que terminó siendo, para mí, el pretexto para que me aventurara a platicar relatos de la vida de alguien que, aparentemente por su propia decisión, no quiso seguir estudiando al terminar la primaria, después de un frustrado intento de sus padres para que entrara a la secundaria del Instituto Luis Vives, escuela privada de republicanos españoles, cuyo castillo sobrevivía semiderruido en la esquina de la avenida Observatorio y Parque Lira, después de que el regente Ernesto P. Uruchurtu lo mandara demoler parcialmente, pues esa calle era muy angosta y tuvo que ser ensanchada para unir la Casa de los Pinos con el Viaducto Miguel Alemán, obra que permitiría al presidente llegar más rápido a sus oficinas de Palacio Nacional en el Zócalo, tramo que fue inaugurado el 22 de julio de 1958, día en que la hermana del Alpiste cumplió trece años.

Él se acuerda porque al terminar la cortada de pastel, su papá tuvo que llevar a su amiguita Lilia a su casa en Patriotismo, calle que también acababa de ser ensanchada para unir el Viaducto con la colonia Condesa y la avenida Tacubaya.



El Colegio Luis Vives con el castillo,
donde el Alpiste tomó clases de civismo.

Desde una perspectiva sociológica, la casa del Alpiste fue un microespacio sociocultural con reglas, usos, costumbres, normas e instituciones muy particulares, construido cotidianamente por los que ahí vivieron, pero desde luego, con la fuerte influencia del abuelo materno y la aprobación y sumisión de los yernos que se fueron incorporando, conforme se iban casando con alguna de las ocho hijas de don Juan; en ese espacio avunculocal,² los lugares y rincones de la casa, que el Alpiste como niño veía enormes, se fueron llenando de significados, símbolos y momentos inolvidables, con las experiencias que cada quien imaginaba o iba viviendo en el día a día; la escalera de los novios que estaba al margen de la vista de los abuelos, el cuarto oscuro de los espantos donde el Alpiste sólo entraba después de ir a confesarse, el taller de sastretería de su papá, el despacho para recibir a los clientes, el cuarto de madera con las herramientas y el torno del abuelo, el patio de “los encantados” y el juego del “amo ato matarilerieron”, la azotea prohibida para los niños.

² Esto corresponde a aquellas sociedades donde la norma de residencia postmatrimonial determina que la nueva unidad doméstica debe residir en el espacio que pertenece a los padres de uno de los dos cónyuges. En el caso de la familia del Alpiste, los suegros que le dan refugio a los nuevos matrimonios de sus hijas, situación que sigue ocurriendo en el campo mexicano, donde el padre que es el derechohabiente de una parcela del ejido o del bien comunal, lo que atrae a los yernos y de paso los compromete con los quehaceres del campo. Aunque en la ciudad la parcela agraria ya no existe, la costumbre de mantener a las mujeres bajo la protección patenal, ofreciéndole a la nueva pareja vivir dentro de la casa del padre a cambio de un pago reducido, es el atractivo para el marido recién llegado a la ciudad y sin casa que ofrecerle a su esposa, para que éste acepte el trato que normalmente se basa en la palabra empeñada.

Lugares todos de permisos, cuidados, vigilancia y prohibiciones, que produjeron y reprodujeron la vida y destino de aquella generación de tías, tíos, primos, primas y sobrinos que para los años noventa llegaron a ser hasta 100; obviamente, después de casados sólo algunos siguen viviendo ahí, pero mientras vivieron los abuelos, regularmente la visitaban para cumplir con el obligado besa-mano de don Juan; ese fue el lugar que arropó la infancia y la adolescencia del Alpiste, donde siguen morando los mitos, recuerdos y fantasías, algunos de los cuales aquí se contarán.

Como lo comenté, la historia del Alpiste cambió diametralmente, luego de experimentar (dicho por él) el gran cambio de vida en los inicios de su juventud, cuando junto con sus padres y hermanos dejaron la casa del abuelo, para irse a vivir al callejón General Plata, enfrente de los enormes jardines del Observatorio Astronómico Nacional, que tuvo que ceder a principio de los años sesenta, para que se construyera la Prepa 4 de la UNAM, la que antes estuvo en Puente de Alvarado, a donde fue a estudiar su prima Angélica, la aplicada de la familia, que fue con él al kínder y la primaria, pero que luego ella siguió estudiando hasta llegar a la Facultad de Medicina de la UNAM, para hacerse una doctora muy encumbrada, que llegó a ser subdirectora general del ISSSTE, aprovechando el apoyo que le dio su tío Tomás, un joven militar que fue el administrador general del Hospital Militar durante el sexenio de Adolfo López Mateos.

Tarzán michoacano o sastrecillo valiente

DE ACUERDO CON LO QUE ME COMENTÓ el Alpiste, sus tíos Mariano y Dolores trajeron de Maravatío a su hermano Luis, cuando tenía 17 años –quien a la postre sería padre del Alpiste–, para que no lo fueran a involucrar en el movimiento cristero, que se estaba reavivando por la aplicación de la reforma agraria del presidente Lázaro Cárdenas, que afectaba propiedades e intereses de la Iglesia. Habiendo llegado a México y para que Luis se sostuviera por sí mismo, se lo llevaron a trabajar junto con ellos a la sastrería del maestro Roberto Miranda, quien por esos años era el sastre civil y militar más prestigiado entre los altos mandos militares de la Defensa Nacional; la mayoría de los generales y coroneles querían tener un uniforme con el membrete bordado en hilo de seda, que le ponía en los forros interiores de los sacos y de sus gorras.

Fue ahí donde Luis, al paso de algunos años, se hizo pantalonero, luego saquero y también aprendió a cortar trajes usando los patrones del maestro y más adelante a trazarlos, parte del oficio que ni al hijo del maestro le gustaba aprender; a pesar de eso, el maestro Miranda siempre les decía a sus trabajadores, que cuando él se retirara, iba a ser su hijo, quien les seguiría dando

trabajo, ya que él heredaría su sastrería; poco más adelante el maestro murió repentinamente y la Defensa tuvo que buscar otras sastrerías para que hicieran los uniformes de los jefes y generales.

Por otra parte, por azares del destino y aunque pareciera raro, para los prejuicios de don Juan, Elena, la mamá del Alpiste, y su hermana Irene, las más grandes de las ocho hijas, a fuerza de ruegos, le sacaron el permiso al papá para ir a trabajar a un salón de belleza que estaba cerca de la casa de la abuelita Pachita; dada la situación de premura económica por la que pasaba la familia con tantas bocas que alimentar y para que las muchachas aprendieran un oficio, terminó dándoles permiso, con la condición de que sólo trabajaran hasta las 5 de la tarde y que se fueran derecho a la casa de su abuela.

Lo que don Juan no sabía era que a tres zaguanes de aquel salón de belleza vivía Luis, y una tarde cuando regresaba de su trabajo vio que iban saliendo del salón dos chicas, una como de 17 años y otra como de 14; como Elena era muy atractiva, la reacción inmediata de Luis fue tratar de abordarla, pero una señora, que era la tía de las muchachas, dio un paso adelante y se puso frente a ellas, para decirles: “Ya vine por ustedes hijas”, entonces Luis disimulando, tuvo que seguirse como si simplemente fuera pasando, pero antes de meterse a su casa volteó para ver hacia dónde se iban y se regresó para seguirlas, dándose cuenta de que en la siguiente cuadra daban vuelta hacia José Cevallos; para no quedarse con la incertidumbre, Luis emprendió la persecución de manera discreta, hasta que a la distancia vio que entraban en la casa de la esquina, la misma donde el Alpiste, años después estaría jugando con sus primos.

Una vez que cerraron el zaguán, Luis se aproximó un poco más y estuvo ahí por unos cuantos minutos para ver si volvían a salir, pero lo que sucedió, fue que un niño como de 9 años y un joven bastante espigado como de 16, llegaron a la casa, tocaron la puerta y les gritaron a Elena e Irene, avisándoles que ya habían llegado por ellas y que se apuraran porque se tenían que ir rápido, antes de que anocheciera; eran Carlos y Enrique, que todas las tardes tenían que hacer el recorrido entre la colonia Observatorio y El Chorrito, cruzando por las vías del tren de Cuernavaca, por donde estaba la estación de Tacubaya, lugares con muchos malandrines que venían regresando del centro de la Ciudad de México, donde trabajaban y de ahí se metían entre las calles para ir a las otras colonias cercanas donde vivían; así, Carlos y Enrique cumplían con el encargo de su padre, de traer de regreso a sus hermanas, para que nadie las molestara y no les pasara nada.

Luis estaba prendado de Elena, aunque ella ni siquiera se dio cuenta de su presencia, así que la posible existencia del Alpiste en un futuro mediano se extinguía, pero la persistencia de Luis hizo que al día siguiente regresara un poco antes de lo acostumbrado de su trabajo, para ver si se la volvía a encontrar y tenía más suerte, pero todo sucedió de la misma manera; a las cinco en punto de la tarde, cuando ellas se disponían a retirarse del salón, la tía Nacha, ya estaba ahí afuera esperándolas, para regresarlas a la casa de la abuela Pachita y esperar a que sus hermanos vinieran por ellas, tal y como lo había convenido con don Juan.

Lo que sí sucedió en esta segunda ocasión, es que Luis iba muy bien ataviado con un pantalón gris perla arriba de la cintura, detenido con unos tirantes abotonados de la pretina, un chaleco de cinco botones al frente, en casimir de Príncipe de Gales y una

chamarra negra detenida con el índice de su mano derecha, que le caía sobre la espalda, además de un par de zapatos de doble color bien boleados, más un copete atarzanado que lo hacían ver más alto de lo que en realidad era.

Definitivamente que estando Luis parado ahí a mediana distancia, llamó la atención de las dos chicas, pues ese tipo de atuendos sólo lo usaban los rotitos de dinero, que ellas veían de vez en cuando en la misa de la Sabatina, donde iban vecinos de la San Miguel Chapultepec y la Verónica Anzures, pero aun así, con una mirada discreta y aparentemente indiferente, Elena le dio una repasada de arriba abajo, de la que obviamente Luis se percató; todo esto sucedió en un abrir y cerrar de ojos, antes de que ellas se tomaran de sendos brazos de la tía Nacha, para emprender su apresurada caminata hacia la casa de su abuelita Pachita.

Parecía que Luis, otra vez no tendría ninguna oportunidad de acercarse y cruzar palabra con Elena, pues el marcate personal de la tía Nacha y de sus hermanos se lo impedía; no obstante, volvió a seguirlas a cierta distancia, hasta llegar a la casa de destino, sólo que en esta ocasión Elena sí se dio cuenta de que Luis las había seguido; entonces, intrigada e interesada, le dijo a su tía que ya no iban a entrar porque sus hermanos ya no tardaban en llegar, así que se quedaron solas en el zaguán, haciendo como que volteaban a ver hacia la calle de enfrente por donde llegaban sus hermanos, pero Elena, muy discretamente volteaba en sentido contrario hacia la calle Parque Lira, dirección en la que forzosamente su mirada se cruzaba con la de aquel joven tan elegante que estaba atento hacia todo lo que pasaba con ella y lo único que se le ocurrió a Luis fue saludarla con un movimiento sumiso de cabeza, sin recibir contestación, pero sí con el regalo de una leve

sonrisa de aprobación; mientras su hermana Irene, en realidad seguía atenta a la llegada de sus hermanos.

Al poco tiempo llegaron Carlos y Enrique, entonces echaron un grito hacia adentro para avisarle a la tía Nacha que ya habían llegado por ellas y que ya se iban, jalando la puerta para cerrarla e iniciar su caminata; lo que a Luis se le ocurrió fue alcanzarles a paso apresurado y preguntarles si no les molestaría que los acompañara, porque por las vías del tren, a esa hora se ponía un poco feo, pues había que pasar cerca de Barranquilla y de Bella Vista, colonias que estaban llenas de pelados. Además les dijo que él vivía muy cerca del salón de belleza donde ellas trabajaban, que ya las había visto antes y que quería ser su amigo. Enrique, que era muy bonachón e inocente, al tratarse de un muchacho más grande que él y aparentemente decente, le dijo que estaba bien, pero que nada más hasta la vía, porque ahí a la vuelta estaba su casa y no quería que su mamá los viera, porque los iba a acusar con su papá.

Hasta ahí, Luis iba de gane, pues era más grande y tenía cierta experiencia en andar domingueando por Chapultepec; así que con cierta soltura empezó a platicar con Elena. “¿Cómo te llamas?; ¿cuántos años tienes?; ¿a qué hora llegas al trabajo?; ¿llevas mucho tiempo viviendo por acá?; ¿eres de México o de provincia?”; y así fue entrando en detalles hasta que llegaron a las vías del tren y se tuvieron que despedir apresuradamente, porque a la vuelta estaba la calle General Cueto, por donde tenían que subir dos cuadras hacia su casa, y como podían verlos, entonces Enrique, sin más, levantó su brazo izquierdo con la muñeca vertical y los cinco dedos abiertos y le dijo: “Hasta aquí nada más”,



Estación del tren en Tacubaya.

y a Luis no le quedó de otra más que detenerse, e intercambiando miradas, Elena se le perdía al dar apresuradamente la vuelta.

El problema fue que no habían quedado en nada concreto para volverse a ver; pero además, en ese momento Luis se acordó que le habían dicho que el papá de Elena estaba mal de la vista, pero era su mamá quien estaba al pendiente desde la ventana, para ver si ya venían los muchachos, y aunque estaba relativamente lejos todavía, Juanita sí alcanzaba a ver muy bien si ya venían. Dice el Alpiste que hoy todavía pasando en coche por el Periférico, ya sea por abajo o por el segundo piso, se alcanza a ver la casa de sus abuelos, que sigue ahí como testigo de todo lo que pasaba en esa calle de enfrente con arbolitos a los lados, que era donde por las tardes regularmente se daban cita las parejitas de novios... ¡Cómo ha cambiado la colonia hasta nuestros días!

La cosa se puso medio difícil para Luis las siguientes tardes, porque tuvo que quedarse a velar en su trabajo para terminar un pedido de uniformes que el maestro Miranda tenía que entregar a la Defensa ese fin de semana, y como en la mañana entraba a trabajar a las 9 y el salón de belleza se abría hasta las 11, aunque pasara por ahí tempranito estirando el pescuezo, pues no encontraba nada más que la cortina abajo, además de percibir los aromáticos olores de los perfumes y cremas que le aplicaban a las clientas, que a diario iban para que les hicieran sus cortes o les pusieran los tubos con los que se enchinaban el cabello.

Esa situación preocupó mucho a Luis. Por su lado, Elena —que se había entusiasmado con aquel muchacho tan trajeado, güero colorado y bien parecido— pensó que seguramente por tratarse de un muchacho de familia acomodada, él se habría desilusionado por saber que ella vivía en la Observatorio y que él ni era



Iglesia de San Miguel Arcángel en la calle José Morán.

de El Chorrito y que sólo les había dicho eso para hacerles plástica. Por ningún motivo se imaginaba que ese güerito ranchero se podía vestir así, primero porque era sastre, y segundo porque de los sobrantes de las telas de algún cliente despistado que en lugar de llevar tres metros, habría llevado un poco más, y éste, conociendo la manera de acomodar los patrones para ahorrar tela, iba guardando los sobrantes y en una veladita se hacía su pantalón y en otra su chaleco, aunque no fueran de la misma tela, lo que parecía una combinación exclusiva que sólo los adinerados podían pagarla a su sastre que les cosía a la medida. Además de respetuoso, Luis era un muchacho al que le gustaba tomar sus decisiones al margen de lo que opinaran sus hermanos o compañeros del trabajo, y a él, que ya llevaba varios años alejado de sus padres y demás hermanos, le pareció que llegar a tener una novia como Elena, sería el inicio de tener una relación formal con alguien que valía la pena, de tal manera que si ella le hacía caso, pensaba en comprometerse en serio e incluso hablar con sus papás para que le dieran permiso de ser novios.

Así que ante su obsesión de volver a verla y movido por la incertidumbre de lo que ella estuviera pensando por su desaparición, apenas llegó el sábado, y en la tarde, día que Elena no iba a trabajar al salón, decidió irse a buscarla directo por las vías y pasando por la estación del tren, llegando hasta la calle Cueto, dio vuelta y caminando calle arriba recorrió dos cuadras con la esperanza de encontrarse con alguno de ellos, siempre echando un vistazo al interior de cada zaguán para ver si ahí vivían; así llegó hasta el final de Cueto donde se cruzaba con la calle Gobernador Manuel González Calderón y justo en la casa de enfrente, donde estaba un pequeño estanquillo abierto, se le ocurrió preguntarle a

la señora que en ese momento atendía; esa señora era Juanita, la mamá de Elena y futura abuela del Alpiste.

Muy seguro de sí mismo y con mucho respeto, Luis se aproximó al mostrador detrás del cual estaba una señora muy seria sentada frente a una cajita de madera donde tenía formadas hileras de monedas de un centavo, de cinco, de diez y algunas pesetas. Entonces él le preguntó, si sabía por dónde vivía una muchacha que se llamaba Elena que tenía varios hermanos y hermanas. Juanita, que siempre fue muy tranquila y decente, se quedó estupefacta al escuchar la pregunta proveniente de un joven tan bien vestido, que para variar se había vuelto a ataviar de los mejores trapos que tenía, y bajo los principios más cristianos, Juanita le respondió positivamente; aquí vive Elena, pero por qué la busca usted y para qué la quiere; yo soy su mamá.

Aunque para Luis fue una sorpresa inesperada, no se anduvo con rodeos; le dijo que él la había visto trabajando en un salón de belleza que estaba enfrente de la iglesia de San Miguel y que como vivía a tres puertas de ahí, la semana anterior cuando salió de trabajar junto con su hermana, él las vio y las quiso acompañar sabiendo que el barrio El Chorrillo era un poco peligroso para que unas muchachas tan jovencitas como ellas anduvieran solas por ahí, pero que se dio cuenta que una señora las estaba esperando y que como él iba a comprar pan más adelante, que llegaron a una casa cercana a la panadería y que al salir se dio cuenta de que ahora se iban acompañadas pero de dos niños muy chicos; entonces él les ofreció acompañarlos, porque por esos lugares había muchos malos que se la pasaban molestando a las muchachas; así fue como la había conocido, pero como había tenido que trabajar hasta tarde toda la semana, ya no los pudo

volver a ver; por eso ahora la andaba buscando para saludarla, pues le había caído muy bien y quería explicarle el motivo de su desaparición.

Juanita pensó inmediatamente en “las pulgas de su marido” que estaba allá adentro; eso sería como ir a decirle que su hijita andaba por ahí de loca nada más echando relajo en la calle con cualquiera, en lugar de ir y venir derecho del trabajo a su casa; en cambio, lo único que andaba haciendo era coquetear a un desconocido. Juanita, previendo la reacción enérgica de su esposo, le dijo que eso era imposible y le pidió que se retirara, porque nada más le iba a buscar problemas a Elena con su papá y que eso de llamarla para que se vieran en ese momento, era imposible.

Así que Luis, con todo y su cuento de la panadería, su firmeza y apariencia de muchacho decente, muy desanimado se tuvo que regresar por el mismo camino por donde vino, sólo pensando en cómo le haría para poder encontrarse otra vez con Elena. Juanita, por su parte, al otro día temprano después de que se fue su esposo a trabajar, delante de Elena e Irene, empezó por regañar a Enrique por haber permitido que un desconocido se les hubiera acercado y se pusiera a hablar con sus hermanas, cuando que lo mandaban a él, por ser el hombrecito de la casa, para cuidarlas y no para que viniera con esos resultados: “Nada más que se entere tu papá, van a ver cómo les va a ir a todos ustedes”.

Enrique –callado y sonrojado, pero conociendo a su papá– no pudo contener las lágrimas de susto, mientras Elena, que era la más grande de todos, le dijo a su mamá que ese muchacho no era un cualquiera, que era un vecino de la colonia de su abuelita Pachita y que lo conocía bien porque vivía muy cerca del salón de belleza y que él sólo se había ofrecido de manera muy decente para



Luis y Elena en Chapultepec,
a escondidas de don Juan.

acompañarlos cerca de la casa para que no les pasara nada, pero que eso era todo y que de ninguna manera se habían portado mal.

Juanita le dijo que por esta ocasión no le iba a decir nada a su papá, pero que les quedaba estrictamente prohibido hacer amistad con ese muchacho que “quién sabe qué intenciones tenga”. Lo que pasó fue que Luis, en su desesperación, el siguiente día no se fue temprano a trabajar, hasta que poco antes de las 11 de la mañana vio llegar a Elena, y antes de que entrara al salón la interceptó para decirle que el sábado anterior la había ido a buscar a su colonia para saludarla y decirle porqué no había regresado durante toda la semana, y que al preguntar en una tiendita, se llevó la sorpresa de que era su mamá a quien le había preguntado si la conocía.

Elena, que era tan seria como su mamá, le dijo: “Sí, ya me regañó por andar hablando con desconocidos y me prohibió hacer amistad contigo, con la amenaza de que me va a acusar con mi papá y eso sí me da mucho pendiente, porque él es muy estricto con nosotros; de hecho, a él nunca le gustó la idea de que viniéramos a trabajar aquí”. ¿Y qué piensas hacer?, le dijo Luis: “Pues no sé, porque si saben que nos vuelves a acompañar ya no me van a dejar venir a trabajar”.

Luis, dándose cuenta de que a Elena no le disgustaba entablar relación con él, de una vez trató de matar dos pájaros con una misma pedrada y le dijo: “¿Por qué no le dices a tu mamá que a mí me gustaría hablar con tu papá para que nos deje ser novios?”. Sin pensar más y mirándolo emocionada directamente a los ojos, Elena le dijo: “Hoy mismo le digo a mi mamá que hable con mi papá”. Al considerar que eso era como un sí a su declaración de amor y aprovechando que Irene ya se había metido al salón para

empezar a hacer el aseo, Luis le plantó un beso en la mejilla y punto y aparte; cada quien se apartó el uno del otro y llenos de emoción ni adiós se dijeron, pues ya eran novios con todo y las restricciones y prohibiciones de los padres de Elena.

Así, Luis y Elena, durante varios meses después de aquella mañana del lunes, mantuvieron su noviazgo a escondidas de don Juan, que pensaba que eso de andarse hablando con los pelafustanes de copete atarzanado, tal y como lo traía Luis, era una de las mayores osadías que podían suceder para la familia y un mal ejemplo para las otras siete hermanas menores de Elena.

Para que no hubiera problema ni prohibiciones que pudieran desenlazarse en ruptura de esa relación tan apreciada por ambos, definitivamente Luis después de escuchar el sermón y ya muy persignadito, un domingo se armó de valor y cuando la familia iba saliendo de misa de la iglesia de San Miguel, justo ahí enfrente de su casa, se presentó formalmente ante don Juan, le dijo que tenía varios meses de conocer a Elena y le pidió permiso para visitarla en su casa con las mejores intenciones; toda la familia ahí presente se quedó estupefacta pensando que don Juan iba a pegar el grito en el cielo, pero el padre acababa de encomendar a todos los feligreses: “amarnos los unos a los otros; podéis ir en paz”.

Para sorpresa de todos, Luis le cayó bien a don Juan por la manera tan formal y sincera con la que le habló y le dijo que a mediados de semana fuera a la casa para hablar con él; claro que Luis se la pasó contando los días y cuando fue, la respuesta fue positiva pero con la condición de que se vieran adentro de la casa y sólo durante media hora una vez a la semana.

Con el tiempo Luis se fue ganando la confianza de la familia y pronto esas reglas se fueron flexibilizando hasta que un viernes por la tarde sin avisar, Luis, acompañado de su hermano Dolores, perfectamente trajeados, esperaron a don Juan a la hora que regresaba de su trabajo y Dolores, con su grandilocuencia y facilidad de palabra, de manera muy convincente, le dijo a don Juan que como su papá estaba en Michoacán y no podía venir, él en su representación y en calidad de hermano mayor, venía a pedir la mano de Elena para su hermano Luis. Un poco sorprendido por lo inesperado de la presencia de aquel joven alto y distinguido que hablaba como si fuera licenciado, don Juan los pasó a una salita que tenía en el fondo de la casa, le habló a Juanita y a los hermanos y hermanas mayores y le dijo a Enrique que fuera a llamar a sus tías Carmen, Li y Tere para que estuvieran presentes; ya estando todos reunidos, le pidió a Dolores que hiciera uso de la palabra; Dolores, aún con mayor elocuencia y casi como si se tratara de un juez de casorios, solicitó la mano de Elena; acto seguido, don Juan aceptó sin mayor resistencia, por lo que Juanita soltó a llorar y Elena muy respetuosamente se acercó a su papá, le besó los nudillos de la mano derecha, como siempre lo hacían todos cuando llegaba del trabajo y luego se puso del lado de Luis, a quien recargado del hombro de su hermano, le temblaban las corvas de emoción.

Para romper con la sobriedad, y poner control a las emociones desatadas, don Juan le pidió a Enrique que sacara una botella de rompope que tenía bajo llave en un trinchador del comedor y sirviera unas copitas para Dolores, Luis y él; acto seguido, brindó levantando su copa en dirección de un Sagrado Corazón de Jesús que tenía en la pared de enfrente con una veladora encendida y

así se selló aquel acuerdo sagrado de la aceptación de entrega de la mano de Elena para el siguiente julio, unión que duró 40 años hasta la lamentable muerte de Luis.

El tiempo pasó de prisa y una vez que se casaron, se fueron a vivir a una calle de El Chorríto, a la vuelta de la iglesia de San Miguel, donde se había realizado la ceremonia religiosa de su matrimonio, justo enfrente de donde vivió Luis, cuando lo trajeron sus hermanos de Maravatío; no pasó mucho tiempo para irse a vivir a la casa de don Juan, lugar donde Elena quiso estar desde el principio. La verdad es que a Luis también le gustó mucho la idea, porque él, al haber dejado a sus padres allá en su tierra siendo tan joven, se sentía medio desamparado y solo; además nunca le había gustado la vida tan relajienta de sus hermanos solteros, pues siempre andaban parrandeando, con distintas mujeres con las que llegaron a tener hijos fuera del matrimonio; en eso él siempre fue muy conservador, por eso concordaba tan bien con el estilo de vida ordenada que se llevaba en la casa de don Juan, ya que además de ser muy trabajador, honrado y ahorrativo, se traía cortitos a todos sus hijos, tal y como lo había hecho su mamá con él, allá en Maravatío.

Dolores: el Tigre de Tacubaya

YA INSTALADOS EN LA CASA DE DON JUAN, su primer hijo nació al siguiente año; 4 años después nació Olga, la hermana del Alpiste, justo cuando estaba terminando la Segunda Guerra Mundial; así que al parecer, no estaba dentro de los planes de la familia encargar otro chamaco. Sin embargo, al siguiente año se les coló el Alpiste, apareciendo en la escena de aquella vecindad familiar. Él no se queja de desatenciones, ni toma muy en cuenta lo que le contaban sus tías, en el sentido de que sus papás no lo querían porque no lo esperaban, aunque acepta que a lo mejor eso influyó un poco en su desarrollo, por haber llegado a “aguarles la fiesta”, pues seguramente se “vieron muy apretados”, sobre todo en aquellos primeros años de su matrimonio, con todo y que a don Juan le pagaban muy poco de renta por su pequeña vivienda, allí en los altos de la casa.

Como el tío Dolores se metía por todos lados y a todo se dedicaba, menos a la sastrería que al principio había tenido que aprender para sobrevivir siendo el sostén emocional de sus hermanos que estaban solos aquí en la ciudad. Cuando supo de la muerte inesperada del maestro Miranda y se dio cuenta de que sus clientes no tenían a dónde ir para que les hicieran sus unifor-

mes, entonces para aprovechar esa oportunidad que le daba el destino, animó a Mariano y Luis para que cada quien pusiera su propio taller, de tal manera que ellos harían la ropa y él les traería los clientes del ejército y de las compañías de aviación a donde se estaban yendo a trabajar algunos pilotos militares. La verdad es que el joven Luis siempre fue más responsable y trabajador que su hermano Mariano, así que con esas cualidades y animado por su hermano Dolores, se aventó a poner su propio taller, improvisándolo en una recamarita de las de arriba donde él vivía.

Bueno, así era como se acostumbraba empezar un pequeño negocio en los inicios del “milagro mexicano”; para tal efecto, Luis contó con una máquina Singer de pedal, de esas con tres cajoncitos de cada lado y mueble de encino que le regaló su hermano Mariano como parte de su liquidación por haber trabajado un par de años con él; también se hizo de una plancha pesada de resistencia, una mesa para cortar y planchar que le hizo su suegro, un par de figurines con modelos a la moda que había comprado en Casa Cuesta, en Isabel la Católica, y un juego de escuadras para trazar. Para colgar los trajes y uniformes colocó un tramo de tubo galvanizado de una pulgada de grueso al fondo de las dos paredes del cuarto, un par de burros de planchar de madera, uno angosto para mangas y uno más ancho para planchar los delanteros de los sacos, igualmente hechos por su suegro y forrados de huata y loneta por Luis y, lo más importante, los patrones de papel de estraza grueso de todas las tallas, que servirían de molde para trazar y cortar pantalones, sacos, chalecos y abrigos; esos patrones se colgaron en sendas alcayatas clavadas en la pared contraria a donde se colgó un espejo de cuerpo entero, para que los clientes pudieran ver la altura de las valencianas y de la bastilla de

sus sacos al momento de la prueba, etapa intermedia de cualquier traje a la medida.

Todos esos elementos, más el apoyo psicológico que le dio su hermano Dolores para sentirse plenamente capacitado como para que, con tres metros de tela y su habilitación de percalina, fieltro y manta de bolsas, se le pudiera hacer a cada cliente su traje o uniforme, dejándolo plenamente satisfecho, como cuando iban con el maestro Miranda, cuya sastrería desapareció de la avenida Ejército Nacional, cerca de la Defensa, pocos meses después de la muerte del maestro, porque su hijo, hasta ese momento no había aprendido el oficio completo; lo importante para él y su familia fue que heredó un edificio con 12 departamentos, cuyas rentas le sirvieron para vivir bien sin trabajar durante algún tiempo, hasta que el “regente de hierro”, decretó inesperadamente la congelación de rentas para los inquilinos de algunos barrios populares, a consecuencia del sismo de 1957.

El argumento fuerte de Dolores para convencer a los militares –quienes lo conocían bien porque, como decían sus hermanos, era bien amiguero, muy simpático y bueno para la verborrea– era que les ofrecería sus hechuras en cómodos abonos quincenales, que serían cobrados por él mismo y directamente en los cuarteles y oficinas de la Defensa Nacional; esa fue la manera en que el nuevo maestro Luis se inició como microempresario en el mundo de la sastrería; esta asociación duró mientras Dolores vivió.

Dolores tenía su propia historia. Se había ido de bracero a Estados Unidos bajo un programa con el gobierno mexicano; eso le permitió aprender inglés y vaya que eso hacía mucha diferencia en el medio en que él se desenvolvía, pues los altos mando milita-



El Tigre de Tacubaya, José Dolores,
con el Cacahuete.

res y los pilotos también hablaban inglés, ya que además de viajar constantemente hacia los destinos internacionales, también tomaban cursos directamente en escuelas militares de Estados Unidos para adiestrarse en el vuelo de los aviones que se compraban allá; todo eso hizo de Dolores un tipo muy seguro para todo, además de que audacia no le faltaba para convencer a cualquiera de lo que fuera; de hecho, cuando Miguel Alemán fue presidente de la República, él se lanzó para ser diputado por un distrito electoral que abarcaba parte de Tacubaya, incluyendo la colonia Observatorio; ahí lo vio su sobrino el Alpiste, haciendo su campaña y echando discursos a viva voz, en la esquina de su casa, cuando se montó un ring de lucha libre para atraer a la gente; obviamente no fueron ni El Santo, ni Blue Demon, los que aparecían retratados en los promocionales pegados en los postes de las esquinas, como aquellos que se pegaban con los programas de las funciones de matiné del Tacubaya, Ermita, Jalisco o Cartagena.

Lo malo para la suerte del tío Dolores fue que apoyó al general Miguel Enríquez Guzmán, bajo una coalición de partidos de izquierda que iban contra otro partido nuevo, al que Miguel Alemán le puso el nombre de PRI y que tenía como candidato a un tal Adolfo Ruiz Cortínez, quien había sido destapado por un joven líder de la CTM llamado Fidel Velázquez; obviamente perdieron frente a aquel partido que se convirtió en el hegemónico durante muchas décadas más.

Al paso de los meses, un día llegó a la casa del Alpiste su tío Dolores y le dijo a su papá que por favor le guardara en su bodeguita unas cajas con propaganda política que iban a pegar en las calles días antes de que Ruiz Cortínez tomara posesión;

se trataba de denunciar el fraude electoral que le había hecho al pueblo aquel nuevo partido y su candidato.

Una vez que inició sus actividades el nuevo presidente, el gobierno emprendió persecuciones y represión discretamente en contra de varios de los militantes de aquel partido de oposición, al grado de que en 1957 José Dolores murió envenenado, después de asistir a una reunión donde hubo tragos y botanas que fueron invitadas por unos priistas desconocidos, que les prometieron diputaciones seguras si aceptaban apoyar, en las elecciones que se acercaban, al licenciado Adolfo López Mateos para la Presidencia de la República; en esa reunión no hubo acuerdos, al contrario, hubo golpes entre algunos de los que estaban más avanzados en los tragos; incluso en algún momento las pistolas salieron a relucir, pero como doña Teresita, la dueña de la tienda donde se habían tomado unas cervezas, le habló inmediatamente a la policía, en pocos minutos llegaron dos “chotas” que se los cargaron. Al ser enterado Luis de lo que le había pasado a su hermano, se quitó el delantal de sastre que siempre se ponía para que sus pantalones no se rozaran con la mesa donde cortaba y se fue corriendo a la delegación que estaba enfrente de la alameda de Tacubaya para ver qué podía hacer para sacarlo. Después de negociar con el agente del ministerio público, le pusieron una multa de 250 pesos y lo dejaron libre.

Luego de discutir entre ellos por el hecho de estar tomando en la calle, cada quien se fue a su casa, pero esa misma noche, como a las 11, la comadre Elena, esposa de Dolores, vino a buscar a Luis porque su hermano se estaba retorciendo en la cama y estaba echando espuma por la boca y no tenía dinero para ir por un doctor; a esa hora Luis, acompañado de su hijo mayor, se fue

por el doctor Luna, que vivía a media cuadra y como era cliente de la sastrería, no sólo aceptó ir a ver a su hermano Dolores hasta su casa de la colonia COVE, sino que los llevó en su Nash, que siempre estaba estacionado afuera de su casa.

Dolores estaba seriamente intoxicado y aunque por varios días tomó los medicamentos que le recetó el doctor y le pusieron bolsas de hielo que llevaba su hermano Luis, nada se pudo hacer por aliviarlo; en esa misma semana, una madrugada Dolores falleció, dejando en desgracia a su esposa y a Joselito, único hijo que vivía con él. Esa pérdida le pesó mucho al papá del Alpiste; estuvo inconsolable y deprimido durante una larga temporada, además de que se sentía muy inseguro con el negocio de la sastrería, porque ahora tenía que valerse por sí mismo para ir a buscar a los clientes del Ejército, cobrarles sus abonos y seguir consiguiendo los pedidos de ropa que le llevaba su hermano Dolores.

El Alpiste recuerda al tío Dolores llegando al taller de su papá, con su sombrero de fieltro, su traje de gabardina beige y zapatos de dos colores, siempre con una bolsa de papel estraza resistente con asas, de donde sacaba paletas Mimí, de esas de 10 centavos que tenían un saborcito a café, y con veintes para repartirles de domingo a él, a sus hermanos y primos, aunque fuera martes o miércoles; eso sí que era padrísimo para ellos, pues tener dinero propio para gastar, era algo que no se acostumbraba para los niños de esa casa; la mamá del Alpiste siempre decía que el tío Dolores nada más iba a meter el desorden. De su muerte, la ganancia para el Alpiste fue crecer cerca de su primo José Dolores, pues la comadre Elena en desgracia tuvo que aprender a coser pantalones, por lo que dos o tres veces iba a entregárselos a su

papá a la sastrería, y de paso se quedaba a platicar un buen rato con la mamá del Alpiste, mientras los niños jugaban en el patio.

Ese pobre primo que la comadre Elena se negó a dejárselo a Luis para que él se hiciera cargo de educarlo y sacarlo adelante, no sólo perdió a su padre que en vida siempre lo mimó y procuró con juguetes y buena ropa, sino que a sus 6 años lo tuvieron que sacar de la Escuela Militarizada México, para pasarlo a la Defensores de la República, escuela pública donde iban el Alpiste y todos sus primos y hermanos; pero lo peor fue que estando un poco más grande y después de haber vivido montones de limitaciones y penurias, porque su madre Elena nunca le pudo dar un hogar estable y de paso para sobrevivir, un día no sabiendo cómo manejar las inconformidades de aquel púber, le dijo que ella no era su mamá; que su papá se lo había llevado a ella porque su verdadera madre no lo había querido, porque ella era muy joven y de una familia acomodada de Guadalajara. Fue así como se decidió el destino de Joselito, que se hizo grande sin poder aceptar el desprecio de su madre verdadera y la vida tan jodida que le había dado su madre postiza, quien no lo dejó crecer con su tío Luis y sus primos, y en cambio se lo llevó a vivir con un señor con el que ella se juntó para tener un lugar donde vivir y quien le diera lo mínimo para írsela pasando.

Los sueños de aserrín

SERÍAN LA 1 O 2 DE LA MAÑANA y en medio de la oscuridad del pequeño cuarto que compartía con su hermana mayor y sus padres, el pequeño Alpiste semidormido se mecía como todas las noches con las rodillas flexionadas, apoyado de codos y sus antebrazitos extendidos sobre el colchón, en una cuna de esas con barandales laterales cortos para que los niños no se cayeran cuando, dormidos, giraran sobre su propio cuerpo.

Él no sabe exactamente cuántos años tendría, posiblemente tres o cuatro; de lo que sí se acuerda es que, cuando era un poco más grande, su mamá le contaba a sus hermanas delante de él, que “con la manía de este chamaco de mecerse por las noches, aparte de no dejar dormir, al otro día la cama amanecía del otro lado del cuarto”.

La verdad es que en ese entonces nadie le daba importancia a las mecidas nocturnas del Alpiste y para la familia ese tipo de cuestiones no tenían la mayor importancia; él tampoco le ha dado tanta importancia ahora que es grande, pues nunca pensó que, como pasa ahora, debieron haberlo llevado al psicólogo para saber qué onda con esos hábitos fuera de lo normal; tampoco ha leído algo sobre el tema, aunque pensándolo bien, por lo que me



La familia del Alpiste en Chapultepec.

comentó, cree que sí le hubiera servido ir con algún loquero, para comprender algo de los miedos e inseguridades que experimentó durante su infancia y adolescencia, así como de sus deseos de haber llamado más la atención de sus familiares; problema que en parte siente haber superado. Sin embargo, al ser un poco más grande, sus tías le contaron que cuando él todavía ni caminaba, su mamá le ayudaba a su papá, dándole vapor a los casimires para quitarles el lustre y para que encogieran antes de hacer los cortes a la medida del cliente; mientras, a él lo ponían en un huacal de madera relleno de entretelas, huata y la retacería de telas sobrantes, a manera de formar una especie de cunita rústica; eso sí, muy cerca de su mamá, debajo de la mesa donde ella planchaba; ese huacal no se movía, estaba fijo en el suelo y, por lo tanto, ellas creían que le hizo falta haber sido acurrucado o mecido, como lo había hecho su mamá con su hermana y su hermano mayor que, por cierto, siempre fueron más latosos y demandantes de atención. Además, las tías decían que cuando su hermano mayor tenía un año, las vecinas lo querían prestado para vestirlo de niño dios y cantarle durante las posadas, pues era tan güerito que incluso su mamá había guardado algunos rizos en una cajita con tapa de mica transparente en el ropero de su recámara.

Lo cierto es que el Alpiste nunca le puso mucha atención a esas cosas que le contaban sus tías; más bien siempre fue un niño muy distraído y juguetón con todo lo que estaba a su alcance. Lo que es cierto, es que las mamás siempre se ponían muy orgullosas de tener un hijo güerito, porque la mayoría en México eran morenos, y en su casa su hermano siempre tuvo un lugar muy especial para toda la familia; de hecho, hoy las tías siempre del primero que se acuerdan es del güero, y como de paso éste tiene



El Alpiste con sus hermanos y su abuelita María.

mucha lana y siempre les lleva regalitos o las invitaba a su casa del Pedregal, pues eso sí que les marca la diferencia.

Aunque el Alpiste, sus hermanos y sus primos habían nacido en el cuarto del fondo de la planta baja atendidos por la partera doña Pelancho, él vivía en el segundo piso trasero de la casa, que su abuelo habría empezado a construir a mediados de los años veinte; lo calcula así porque su mamá, que nació en 1921, le platicó que cuando ella era chica, llegaron a esa casa todavía en construcción, en una nueva colonia más arriba de El Chorrito, del otro lado de la vía del tren que iba a Cuernavaca, y por eso se perdió al salir por un mandado; la pobre niña fue encontrada llorando afuera de La Roca –una tienda a dos cuadras de su casa– y la tendera le dijo a las señoras que estaban ahí comprando: “Ha de ser de la casita de adobe que están construyendo ese par de jóvenes que llegaron hace poco a la colonia”, la que está a la vuelta de La Primera Lucha, nombre de la panadería de don Pedro, quien le puso así porque su esposa se llamaba Luz. La traumática experiencia de la mamá del Alpiste terminó cuando una de las señoras que se compadeció de la niña, la llevó de la mano hasta la puerta de su casa y se la entregó a Juanita, que ya estaba muy preocupada porque Elenita no regresaba.

Juan y Juanita, esos jóvenes de los que hablaba la dueña de La Roca, pasados los años tuvieron 10 hijos; ellos, antes de hacer su casa en la colonia Observatorio, habían vivido en la casa de la bisabuela Pachita, en El Chorrito, barrio que sigue ahí subiendo por la avenida Constituyentes, a un lado de la Casa de los Pinos. Cuando el Alpiste era niño, junto con sus hermanos y primos lo llevaban a esa casa cada 8 de diciembre, para rezarle a la Virgen de la Conchita que tenían en un altar cubierto en telas de tul

blanco y finos brocados dorados; la virgen estaba representada por una estatua de mediana estatura, que quién sabe cómo llegó ahí, pero Juan en calidad del yerno más devoto, sabiendo algo de carpintería se había encargado de todo eso; además, en una de las esquinas había un Cristo tallado en madera por él mismo, con una veladora que siempre estaba encendida.

El Alpiste se acuerda que cuando abrían ese cuarto, se esparcía sobre las narices de los ansiosos feligreses –quienes se esforzaban por ganar un lugar en los cuatro reclinatorios acolchonados de hasta delante– un olor a polvo húmedo; además se notaba que las paredes no habían sido pintadas ni resanadas en mucho tiempo; por lo mismo, de las vigas del techo ya medio podridas, colgaban algunas telarañas grises, que no se habían quitado en años, a pesar de que la tía Aurora, que vivía en el fondo de la casa con el tío Poncho, tenía un plumero de vara larga, pero que no se lo prestaba a nadie, porque ella era evangelista.

Al terminar el rosario completo dirigido por la tía Nacha y los cánticos mezzosopranos de la tía Licha, una vez cumplida la obligación del ritual religioso, como parte del mismo paganismo, a los niños bastante cansados y aburridos de estar hincados por más de 20 minutos, se les daba un vasito de arroz con leche, adornado con polvo de canela y algunas pasitas entreveradas, acompañado de dos o tres galletas Marías.

Eso para el Alpiste y los demás niños era un verdadero premio por el que estaban dispuestos a participar con sus susurros y rezos en el festejo de la virgen; eso era así, porque para la familia era una institución moral y espiritual a la que nadie podía eludir; por eso con mucha devoción todos los familiares y amigos cercanos se daban cita cada año en el cuarto central de aquella

vieja casa de tiempos porfirianos, que estaba dedicado sólo para resguardar el altar de la virgen, cuyo gran cabello castaño, según decía su prima la Pelona, había pertenecido en vida, a la tatarabuelita del Alpiste, que desde luego no alcanzó a conocer.

Años más adelante, cuando murió la bisabuela Pachita y los hijos herederos de la casa necesitaron el cuarto para habitarlo, la virgen de la Concepción fue a parar a un pequeño cuarto de la casa de Juan, con todo y el cristo tallado, los rosarios y el arroz con leche y galletas Marías; ritual que continuó así para las siguientes generaciones de primos y sobrinos, hasta que murieron Juan y Juanita. Poco tiempo después, las tías del Alpiste, que mostraron tanto respeto y unidad mientras sus padres vivieron, ya no se quisieron hacer responsables del evento que reunía a toda la familia, así que la virgen de la Concepción, fue donada a un convento que todavía está allá abajo, por una de las calles de lo que queda de la histórica Tacubaya.

Volviendo al problema de los “sueños de aserrín” del Alpiste, algunos de sus tíos o tías, que vivían en la parte baja de la casa, comentaron que ese niño había llegado de pilón, que no se lo esperaban sus papás, porque en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la situación económica de México se había puesto muy difícil, ya que estaban regresando a los braceros que habían sido contratados en Estados Unidos para sustituir a los obreros que se habían ido a la guerra, además acababa de nacer su hermana. De todo eso, las tías deducían que efectivamente el Alpiste habría sido un niño no deseado, al que le habría faltado atención y cariño de parte de sus padres en sus primeros años de vida, cosa que el Alpiste niega rotundamente, aunque para ser honestos y acá entre nos, ¿quién era él para saber exactamente



El Alpiste en el Zoológico de Chapultepec.

qué pasó?; yo creo que ni leyendo a Freud se podría hacer una interpretación de sus “sueños de aserrín”, que para empezar no sé ni por qué les llamaban así, a las raras mecidas nocturnas del Alpiste, que a mí me parecieron más una regresión a la etapa fetal.

Total que en aquella situación tan complicada para el país, México se iniciaba con el primer gobierno civil del joven abogado universitario Miguel Alemán Valdés, quien en su discurso de toma de posesión dijo que los mexicanos: “Apoyados en la honradez, la dignidad y la valentía que son tradicionales al pueblo de México, emprenderemos esta tarea de superación de todo lo realizado”.

Así pues, la familia del Alpiste vivía un panorama difícil, pero se sentían motivados por ese nuevo y carismático presidente que había salido de las filas del PRI y protegidos por un nuevo gobierno que anunciaba obras por toda la ciudad y el país; en ese momento el papá del Alpiste ya era operario calificado en la sastrería del maestro Miranda y nunca fallaba al trabajo, además de que junto con sus hermanos aprovechaban todo lo que aprendían a su lado, incluyendo el relacionarse con tantos coroneles, generales y pilotos aviadores de la Fuerza Aérea Mexicana, que estando en la sastrería se les acercaban para que les hicieran algún pequeño arreglo a sus uniformes o les dieran una planchadita, porque iban a pasar revista o tener reunión con el secretario o a estar cerca del mismo presidente en algún evento del Estado Mayor.

¿De dónde salió el nombre de los sueños de aserrín? El Alpiste dice que por aquellos años entre sus tías era muy común un juego con los niños que incluía un sonsonete que decía: “aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, piden pan, no les dan, piden queso, les dan un hueso y se les atora en el pescuezo”; la canción

terminaba con un ataque de cosquillas que hacían carcajear a los niños; de ahí es que cuando las tías se enteraron del desmadre que el niño traía por las noches, ellas dijeron que eran “los sueños de aserrín”.

Eso estuvo medio mamón, pero es tal y como me lo contó el Alpiste; de ahí le vino el nombre de sus mecidas nocturnas; tal parece que esa manía se mantuvo hasta entrados los cinco años, cuando fueron sustituidas por la comida de uñas, que no se le quitó hasta que un dentista le tuvo que poner prótesis en los dientes para protegerles el esmalte, pero eso sucedió cuando ya tenía como 50 años. Después de eso, el Alpiste ya no me dio ninguna pista, para saber cómo sustituyó esa segunda manía; yo digo que tal vez chupando, porque ahora se toma su cubita casi todos los días y sí se encuentra con sus cuates pues hasta se le pasan las copas; lo que me dice que sí pudo dejar fue el cigarro, que lo agarró como desde los 13 años junto conmigo, sólo que él sí pudo dejarlo 20 años después, cuando le vinieron unos ataques de asma que lo ponían al borde de la asfixia, sin importar hora y lugar donde estuviera; dice que la gente en su trabajo no sabía qué hacer con él, ni cómo ayudarlo; por eso cuando un médico le dio al clavo con unas pastillitas y le resolvió el problema, de ahí en adelante nunca más volvió a fumar.

El efímero compadre Luis

DE LO QUE EL ALPISTE SE ACUERDA, es que su vivienda estaba en el segundo piso de la parte trasera de aquella casa; lo que no le gustaba es que tenían un baño que se compartía con unas tías abuelas que vivían tres escalones más arriba, pasando por una puerta que sólo se abría cuando alguna de ellas necesitaba pasar al baño; se trataba de tres solteras hermanas del abuelo Juan, una de ellas, la más grande, tenía una hija. Al Alpiste no le gustaban esas tías porque siempre lo acusaban con su abuelo de andar jugando por las escaleras y como eran muy nerviosas, exageraban todo el tiempo.

En el primer cuarto de la vivienda del Alpiste estaba la máquina Singer de 1928 que le había regalado su hermano Mariano para que empezara su negocio, la mesa para cortar y planchar, sobre la que tenían un tramo doblado de paño verde militar grueso, de ese con el que hacían los abrigos de los soldados; ese lienzo hacía las veces de acojinamiento para poder abrir las costuras de los pantalones; debajo de esa mesa estaba un burro para planchar los delanteros de los sacos y las mulitas rellenas de retacería, que servían para abrir costuras de mangas y piernas, previa untada de agua con el mojadillo.

La pared del fondo estaba llena de patrones para sacos y pantalones trazados por su papá, en un papel muy resistente que sólo se conseguía por rollos de 1.20 de ancho en Mesones, allá en el centro; en una de las esquinas del cuarto estaba una cama chica de resortes que se abría y cerraba todas las noches para que durmiera Luis, el hermano mayor del Alpiste y en la otra, una vitrina chaparrita de encino muy bien barnizada, que hacía las veces de mostrador, donde estaban las gorras de militares y pilotos, escudos bordados en hilo de oro, charreteras e insignias con los grados militares del ejército; pasando la puerta estaba la otra pieza que servía de dormitorio donde el Alpiste, al lado de sus padres, se daba vuelo en la noche con sus “sueños de aserrín”.

Él dice que nunca se sintió apretado dentro de su casa, pues a esa edad uno no tiene noción de las fronteras físicas o sociales que limitan tu vivienda de las otras donde viven los demás familiares, ni sabes nada de reglas de propiedad o de los territorios de intimidad; a esa edad vives entre sueños y fantasías en donde el juego está en el centro de tu vida; mientras eres chico, al menos en esa casa, los grandes eran mucho más condescendientes y permisivos con los niños, además de que uno todo lo ve más grande, como fue el caso de su patio donde llegaron a caber hasta cinco coches, el de su papá, el de su abuelo que trabajaba en la General Motors, y los de los demás tíos, que aunque vivían en la otra casa que el abuelo Juan compró una cuadra más adelante sobre la misma calle de Calderón, el trato con el suegro era que podían meter acá sus coches por la noche.

Tal vez por eso el Alpiste me dice que él siempre pensó que eran de los ricos de la colonia, porque por la ventana veía que en las otras casas no había coches y que en las vecindades vivían niños

que andaban sin zapatos o personas muy pobres que pasaban a pedir caridad; todo eso sí que hacía la diferencia de clases por aquellos años y no se diga en la colonia Observatorio, donde sólo don Pedro, el dueño de la panadería; los Reyes, dueños de las tres taquerías Beatriz que tenían en el centro, y el doctor Luna, que tenía su consultorio en la misma cuadra, se podían dar ese lujo.

Pero volvamos un poco, como ya dije, al fondo de la vivienda del Alpiste; subiendo otros tres escalones por el pasillo exterior de aquel segundo piso, se llegaba también a la vivienda de las tres tías, dos de ellas eran solteras y la más grande, la mamá de Beta, no tenía marido; las historias familiares decían que había muerto poco después de nacer su hija; otras sostenían el rumor de que habiendo sido enfermera en el Hospital Militar, la tía Carmen, en un desliz con un médico militar, se habría convertido en madre soltera, cosa que por aquellos años, para la familia, habrá sido una afrenta moral que se tendría que ocultar, disimular o al menos disfrazar con algunas mentirillas más o menos creíbles.

La verdad es que el Alpiste no se acuerda de haberse quedado sin comer algún día o de pasar hambres y, aunque todos vivían juntos en aquella casa, tanto su abuelo como su padre, a principios de los años cincuenta compraron un par de terrenos en el fraccionamiento Los Manantiales, porque les gustaba ir a Cuautla al balneario Agua Hedionda, donde Luis se echaba unos clavados igualitos a los que se echaba desde los árboles al río de Maravatío.

Allá en Cuautla construyeron sendas casas de fin de semana; la del papá del Alpiste tuvo una pequeña alberca donde aprendieron a nadar solitos el Alpiste y su hermana Olga, además había unos platanares alrededor de la finca que su papá cortaba y



El coche del papá del Alpiste.

se los llevaba a México para que se maduraran colgados de la entrada de su cocina y luego se los iba comiendo uno por uno hasta terminar con toda la penca; a los niños no les daba porque decía que se podían empachar; la casa del abuelo Juan fue de dos pisos para que cupieran todos sus hijos. El viaje semanal lo hacían en un Chevrolet Bel Air modelo 1950 que le había comprado casi nuevo a un piloto aviador de la Fuerza Aérea Mexicana de los que habían participado en el Escuadrón 201.

Un poco antes, Beta se había casado con otro Luis, que era un jovencito muy guapo, pero que se veía medio inmaduro para la responsabilidad de ser padre. No obstante, la decisión fue tomada y concertada entre las tías, considerando que se pudiera quedar como ellas, apresuraron el casamiento que obviamente pasó por los rituales de lo civil y la iglesia; así fue como el joven Luis llegó a vivir a la misma casa de las tres tías, compartiendo los mismos tres cuartos y el baño que estaba bajando los tres escalones que comunicaban a la vivienda del Alpiste

Pronto Luis y Beta tuvieron su primera hija, a la que le pusieron Carmen, y como al papá del Alpiste siempre le gustó emparentarse con la familia, pronto se ofreció de padrino de bautizo y así se hizo compadre del joven Luis, con quien compartía de vez en cuando invitaciones sabatinas a cenar para escuchar sus discos de música tropical, que le gustaba tanto a su nuevo compadre.

El joven compadre Luis trabajaba en la Durkin Motors de donde lo despidieron por un supuesto fraude y, junto con él, a Beta, que había sido una secretaria ejemplar durante varios años; al quedarse ambos sin trabajo, el Alpiste dice que su papá le dio trabajo de cobrador a su compadre, el mismo Alpiste lo acompa-

ñaba en el coche para recabar los abonos de casa en casa. Cuando Luis completó los cinco hijos con Beta, un día desapareció de la familia y nunca más se volvió a saber de él, dejando en la orfandad a los primos del Alpiste; triste historia que obviamente tuvo serias consecuencias, pues el abuelo Juan tuvo que organizar a la familia para darle apoyo a su sobrina, sus tres hermanas y para que los niños no se quedaran sin comer ni ir a la escuela, pues la casa la tenían segura, porque a partir de ese momento dejó de cobrarles renta. Poco más adelante Beta tuvo que aprender a hacer pantalones que entregaba a su compadre Luis, que ya tenía su sastrería funcionando ahí mismo dentro de la casa.

Retomando la arquitectura de la casa del Alpiste, en la planta baja había una retahíla de ocho piezas que empezaban al frente de la calle por un zaguán y un pequeño estanquillo atendido por la abuela Juana y los hijos más grandes, mientras que don Juan se iba a trabajar de obrero a la fábrica de pólvora del Ejército Nacional; eso se imagina el Alpiste que era así, porque de alguna manera había que ayudar con los gastos de manutención de las 12 bocas que comían todos los días, contando a Marilú, que fue la más chica de todos. Esos cuartos formaban una herradura alargada hasta el final del terreno que medía 10 metros de frente por 30 de fondo; en esa planta baja vivían los abuelos con las seis tías que quedaban solteras y los dos tíos, que desde muy jóvenes se fueron a trabajar con su padre, cuando él se cambió a la General Motors, donde se había hecho jefe del taller de tornos.

La verdad, el Alpiste no se acuerda de cuál era el acomodo de la familia en sus primeros años dentro de la casa, pues estaba muy chico, pero como ese lugar fue su pequeño mundo durante toda su infancia, más adelante sí registra en su memoria los cam-

bios que hubo y qué familiares la fueron ocupando. De hecho se trata de una casa que hoy sigue siendo habitada por algunas tías ya octogenarias y algunos primos que se han quedado a vivir ahí, incluso ya casados y con hijos. Lo que sí recuerda muy bien, es que la familia de don Juan era muy respetada y vista como un ejemplo de gente educada, honrada y de alta moralidad.

Las chinguíñas del Alpiste

PARA CASI TODOS LOS MALESTARES MENORES de los niños en aquel vecindario familiar, siempre había soluciones que provenían de la sabiduría de la abuela, las tías y las mamás. El Alpiste recuerda que la primera vez que le dolía el estómago, su mamá le preparó un té de canela: ¡uh qué rico le supo! Como tenía azúcar y en su casa casi no se comían dulces y menos se preparaban postres, pues lo dulcesito del té le encantaba; después, a cada rato hacía como que le dolía el estómago y su mamá, que bien que lo consentía, de inmediato le preparaba su tecito bien calentito; eso ocurrió así, hasta que su papá se enteró por uno de sus empleados con el que el Alpiste platicaba, que nada más se hacía pato con lo del dolor, así que ahí terminó la historia de los tecitos.

No se sabe porqué razón al Alpiste le salían jiotos en los brazos; su mamá decía que porque el niño se la pasaba jugando con tierra; y efectivamente, el Alpiste jugaba con sus soldaditos debajo de una de las escaleras en donde su papá había dispuesto que ahí hubiera tierra para que Pancho, el gato de la casa, hiciera sus necesidades. Total que el remedio era buscar algunas cochinitillas debajo de las macetas que tenía su abuelita en las jardinerías del segundo piso y apachurrándolas en una hoja del árbol de



Doña Pelancho cuando nació el Alpiste.

higos que colindaba con la casa de los vecinos, se hacía una pomadita y su mamá se la frotaba con las yemas de sus dedos, hasta que el tramo de la piel donde estaba el jiole, retomaba el color rosado de su brazo. Eso se hacía durante tres días y lo complementaban dándole todas las mañanas un huevo crudo revuelto con su vaso de leche y un bolillo doradito recién traído de La Primera Lucha, la panadería de don Pedro.

El gran problema de las enfermedades del Alpiste se fue agravando, sobre todo cuando una mañana amaneció con chinguinas en los ojos y uno de plano casi no lo podía ni abrir; lo primero que pensó el Alpiste es que ese día no lo llevarían a la escuela, pero a su mamá de inmediato se le ocurrió que remojándole los ojos con agua tibia de manzanilla se reblandecerían las chinguinas y santo remedio; de hecho fue lo que sucedió, en un par de minutos el niño estaba listo para irse a la escuela; pero durante la mañana le estuvieron ardiendo los párpados y cuando regresó a la casa tenía los ojos bien hinchados y le seguían molestando; entonces una de sus tías dijo que lo llevaran con doña Pelancho, la partera que había recibido a la mayoría de los niños de la familia, pues era la que más sabía de remedios para cualquier mal; cuando lo vio inmediatamente expresó: “Este niño tiene mal del ojo”; y eso qué es, preguntó la mamá del Alpiste; “Seguramente el niño se anduvo asomando por las ventanas para ver si a los niños efectivamente los trae la cigüeña y como por aquí lo único que vuelan son los zopilotes y esos animales son tan sucios, pues por eso se le infectaron con esas horribles chinguinas”. “Y ahora qué vamos a hacer”, preguntó la tía Mirta. Espérenme tantito, se fue a la otra pieza donde tenía la imagen de la Virgen de Guadalupe, habló en voz muy baja con ella y como a los cinco minutos salió y les dijo

que la solución no era tan complicada; lo que el niño necesitaba era que una mujer que estuviera amamantando a su hijo, le pusiera tres gotas de leche salidas directamente de su seno dos veces al día durante una semana y que como su prima Silvia acababa de tener a su niña, pues que la convencieran de que ella fuera la donadora. Eso tenía que ser así, porque se necesitaba que fuera un producto sano y limpio y como es el alimento para los niños recién nacidos, que no tiene anticuerpos para contraatacar todas las enfermedades que padecemos los adultos, por eso esa leche era lo mejor para sanar los ojos del Alpiste.

Mientras el pobre Apiste se quedó todo pensativo, la mamá del Alpiste le preguntó a doña Esperanza que cuánto le debía y ella le dijo, Elenita, ya sabes que para ustedes, con lo que me puedan ayudar; entonces Elena sacó su monedero y le dio 10 pesos; doña Pelancho los tomó, se persignó con el billete en la mano y las acompañó al zaguán. Ya cuando emprendieron el camino hacia su casa, la tía Marilú empezó a dudar si la prima Silvia querría ponerle esas gotas de leche en los ojos al Alpiste, pues sabía que su esposo era muy delicado con eso de que Silvia anduviera por ahí destapándose el pecho en la casa de sus primas, porque podían verla sus esposos y como ella había tenido un hijo como madre soltera, pues él como que no confiaba mucho en su propia esposa; no obstante, como vivían en una de las viviendas dentro de la misma casa del abuelo Juan, con una renta muy baja, pues aceptó hacerlo en secreto, pero a la hora en que su esposo no estuviera en la casa, así que se organizaron para que por las mañanas, después de las ocho y por la tarde antes de las cinco para evitarse cualquier problema.

Así fue como la mamá del Alpiste pudo encontrar la solución para combatir las chinguñias, pero la verdad es que él no entendía bien cuál era el problema de hacerlo a las escondidas de alguien, ni por qué, sin embargo llegó la primera mañana en que la tía entró de prisas a su recámara, desabrochándose la blusa y aflojándose el brasier, prenda que el Alpiste sólo conocía colgada del tendedero que estaba junto a los lavaderos y, cuando estaba a punto de sacarse el busto engrandecido por la función misma de amamantar a Silvita, la discusión entre las tías que habían bajado para ser testigos del tratamiento, la prima Silvia dijo que el Alpiste debía tener cerrados los ojos antes de que ella se le acercara para oprimir con su mano derecha la parte más cercana al pezón; lo cierto es que doña Pelancho no había sido tan clara como para decir si la operación debería ser con los ojos abiertos o cerrados del niño; a sus seis años el Alpiste se empezó a dar cuenta de que había una gran diferencia entre el cuerpo de los hombres y el de las mujeres y que algo de lo que se discutía en ese momento tenía que ver con pudores, secrecías y prohibiciones, así que como desde chico había sido educado a partir de prohibiciones y siempre andaba viendo de qué manera las evadía, cuando las tías estuvieron de acuerdo en que debía ser con los ojos cerrados, pues hizo como que los cerró, pero a la hora de la hora se dio la maña para abrir a medias el ojo izquierdo que no iba a ser removido por la tibia leche que ya permeaba la córnea del derecho.

¡Oh gran impresión que se llevó el Alpiste al ver tan de cerca aquel busto rosado de la tía Silvia! Luego, cuando fue más grande, se ponía a pensar que su tío disponía todas las noches de esas maravillas. De cualquier manera, siguieron otras nueve aplicaciones con las que el Alpiste, efectivamente fue sanando;

pasada la etapa de aquellas curaciones tan peculiares, nunca volvió a ver a sus tías de la misma manera. Dos años más adelante la misma enfermedad volvió a los ojos del Alpiste y la solución fue la misma, pero ahora fue la tía Cristina, que en aquel momento estaba amamantando a otro de sus primos; en esta ocasión, ya como hombre experto en senos con información aprendida de sus amiguitos en la primaria, pues esta vez sí que lo disfrutó con mucho mayor morbo, no obstante las reglas morales y valores internalizados eficazmente en todos los miembros de la familia, impidieron que el Alpiste fantaseara precozmente sobre la figura de aquellos senos que ya jamás lo volverían a sanar, toda vez que para entonces ya existían las pomadas con penicilina con las que se podían curar todo tipo de enfermedades, incluyendo las de los ojos, medicamento que se podía conseguir a bajo costo en la botica de don Hilario, que además las preparaba según las especificaciones del doctor Luna.

El gato de las siete vidas

COMO TODOS LOS NIÑOS, el Alpiste empieza a acordarse nebulosamente de pasajes de su vida por ahí de los 4 o 5 años; él dice que en la casa había un gato pardo medio huraño; alguna vez que quiso acariciarlo, éste le tiró un arañazo y se bajó corriendo las escaleras y aunque lo persiguió a todo lo que podía, el mugroso gato se metió por una ventila a un sótano oscuro que estaba debajo del cuarto donde se encontraba el estanco de su abuelito, allá por la entrada de la casa.

Esto nos lo cuenta, porque poco más adelante, un día despertó y su sorpresa fue que toda la parte delantera de la casa (los primeros cuatro cuartos), incluyendo el del sótano donde un día se había metido el gato, estaba siendo demolida por varios albañiles a los que su abuelo dirigía.

Eso le angustió porque él pensó que el gato todavía estaba ahí y se iba a quedar sepultado entre el cascajo de piedra y adobe que en ese momento caía por la demolición; él preguntaba que si no lo había apachurrado, pero uno de los albañiles le dijo que los gatos tenían siete vidas y que por ahí iba a aparecer en las azoteas cuando menos se lo esperara, aun así él estuvo descon-

solado y hasta lloró, al grado de que su mamá tuvo que ir por él para calmarlo, diciéndole que su papá lo iba a traer de la azotea de la vecina; como eso realmente no sucedió, por varias semanas estuvo volteando hacia los techos del segundo piso y hacia las bardas de los vecinos, para ver si el gato regresaba, pero como nunca lo volvió a ver y su papá lo veía medio deprimido, terminó trayendo un gatito negro, al que le pusieron Pancho; sólo de esa manera el Alpiste superó su tristeza, pues se convirtió en una de sus compañías, con todo y que el gato era bien parrandero y seguido se desaparecía entre las azoteas por varios días.

Otra de las cosas que le llamó mucho la atención cuando estaban tirando la fachada de la casa, fue que desde su patio se veía la calle, aquel territorio extraño y peligroso, ajeno para él. Su preocupación era que se fuera a meter el robachicos y se lo llevara a él, a su hermana o a su primo Jorge.

Lo que en realidad estaba pasando, era que su abuelo, al que siempre le gustó construir casas, había decidido, junto con el padre del Alpiste, tirar la parte vieja de la casa, para levantar una nueva de dos pisos, pero ahora de tabique, cemento y paredes enyesadas, en donde iban a estar el nuevo taller de sastrería y el despacho de su papá, para atender a los pilotos que venían desde el aeropuerto de Balbuena y la Defensa Nacional para hacerse sus uniformes.

Hacia el fondo de la casa, después del despacho, que tenía dimensiones de una estancia de sala-comedor, lo que seguía era la nueva vivienda del Alpiste, empezando por el comedor de cuatro por cuatro, luego una pequeña cocina en escuadra, con un bañito con ventana que daba al patio; esta parte se juntó con otros dos cuartos de los viejos, construidos por su abuelo en la primera

etapa; esa parte sirvió para las nuevas recámaras; el segundo piso, donde quedó el cuarto de los “sueños de aserrín”, sirvió más adelante para las tías Lucía y Mirta cuando se casaron, ya que las tres hermanas de su abuelito, junto con Beta y el compadre Luis dejaron esa casa.

Ese fue el nuevo hogar del Alpiste, al que se sumó en el fondo, un espacio techado muy angosto, donde apenas cabía una cama individual de resortes para María, la muchacha que vino desde Piedras (un pueblito lejano del estado de Puebla), para ayudarle a su mamá con el quehacer. Al Alpiste se le daba bien el trato con las señoras que aparecían por la casa para ayudar en los quehaceres de las viviendas de las tías; a María le preguntaba que por qué se llamaba Piedras su pueblito, y entonces ella le platicaba que para llegar a su casa tenía que caminar un día completo después de bajarse del camión en otro pueblo que se llamaba Libres y por las barrancas de unos cerros había mucha piedra pómx, con las que tallan las ollas para que se les quite el cochambre.

Al Alpiste le llamaba mucho la atención por qué las señoras Josefina y María comían tantas tortillas y una vez les echó una competencias para ver quién se comía más en un día que su mamá cocinó carne de res con calabacitas en chile verde; obviamente él perdió la apuesta, pues ellas se comían fácil más de una docena cada vez que se sentaban a comer.

¿Cómo se las ingenió el abuelo del Alpiste con tantos hijos e hijas durante la demolición de aquella casa?, quién sabe; el Alpiste no se acuerda de nada de eso, lo que sí, es que en ese entonces era la primera casa que tenía el abuelo; más adelante compró otra a una cuadra sobre la misma calle a donde mandó a vivir a sus



El Alpiste, sus abuelos, la tía Cristina, Miguel Reyes y sus hijos.

hermanas, a Carlos y a Enrique cuando se casaron, mientras que pudo comprar otro terreno en la cercana colonia COVE, donde luego les construyó sus casas definitivas. Lo cierto es que siempre iban nuevos familiares que necesitaban un lugar para vivir y don Juan estaba en disposición de ofrecer algún espacio por una renta mínima con la que se mantuvo el resto de su vida, después de haberse retirado de su último trabajo en la General Motors.

Por ahí andan, entre los cajones de las tías, algunas fotos del patio antiguo que fue demolido de la casa donde vivía el Alpiste, que tienen imágenes de las jardineras hechas a base de tabiques entreverados con espacios entre unos y otros; en la parte de arriba de esa barda chaparrita, la abuelita Juanita tenía sus macetas, que por ese tiempo eran objetos muy preciados, y cuidadito que fueran a romperse de un pelotazo; esa barrera entreverada, separaba una parte del patio, para dar forma a un pasillo que protegía las entradas a los cuartos.

En algunas de aquellas fotos aparece el Alpiste con sus tíos sobre el cofre del primer coche que hubo en la casa; él no se acuerda del momento en que fueron tomadas, pero sí, que por el lado izquierdo del patio, pegado a la barda de colindancia con la familia de los Reyes, con la que se emparentaron más adelante por el matrimonio de su tía Cristina con el hijo de don Alejandrino, había un cuarto de madera y techo de láminas de chapopote, donde el abuelo tenía sus herramientas y un torno donde de vez en cuando trabajaba ciertas piezas.

Estos detalles le vienen a la mente porque una tarde que el Alpiste platicaba con doña Josefina, que iba dos veces por semana a lavar ropa por docena, vio correr por la orilla de la barda un ratoncito que salió de un agujero en el extremo del fondo de la

casa y se perdía entre las láminas del cuarto de su abuelo; su pregunta natural, fue qué andaba haciendo ese ratón en su casa y de dónde venía. Doña Josefina le dijo que ese ratón venía de una cueva donde había mucho dinero y andaba buscando los dientes de leche que se le iban cayendo a los niños y que cuando encontraba alguno, dejaba unas monedas para que se comprara una paleta, historia que el Alpiste creyó completita y cuando se le cayó su primer diente, él fue a ponerlo en alguno de los agujeritos que había cerca de donde vio pasar al ratón aquella vez; fueron tantos los días que pasaron y el ratón no le dejaba nada, hasta que la tía Alicia, una de las más chicas, no se sabe cómo le hizo pero un día le puso 25 centavos; eso fue para el Alpiste algo increíble, pero a la vez que le alimentó por mucho tiempo aquella fantasía que fue tan importante para él, pues en su inocencia de niño sufrió mucho cuando uno de los primos más grandes le aseguró que los papás eran los Reyes Magos, y que si no le creía que se mantuviera despierto la noche del 5 de enero para que viera cómo sus papás se levantaban y subían a la casa del abuelo para sacar los juguetes que tenían guardados en una bodeguita con llave.

El Alpiste en la selva cañera del Zacatepec

SERÍAN COMO LAS 5 DE LA MAÑANA de un domingo, cuando el tío Jorge, que era chofer de la COVE, llegó con un camión que tomó prestado, y el papá del Alpiste junto con varios de sus trabajadores de la sastrería estaban listos para irse a ver el partido de los cañeros del Zacatepec contra el Toluca, partido en el que se definía su ascenso a la primera división. La sorpresa era que el Alpiste y su primo Manuel estaban incluidos en el viaje, así que su mamá e Irene levantaron a los niños, los vistieron rápidamente con lo que tenían a la mano, les dieron un vaso de leche y un pan dulce que había sobrado del día anterior y con eso quedaron listos para subirse a la caja trasera del camión, donde ya estaban los diez muchachos que viajarían de un jalón, por lo menos hasta Tres Marías, donde almorzarían.

Por aquellos años se acababa de inaugurar la carretera de doble carril México-Cuernavaca, así que el paseo incluiría conocer aquella magna obra con todo y sus miradores, que había sido construida por el presidente Miguel Alemán. Iban puros muchachos jóvenes, algunos ya casados como el tío Jorge y el papá del Alpiste, pero que no pasaban de los 35 años; los únicos dos niños en el viaje eran el Alpiste y Manuel, quienes iban muy emocio-

nados arriba de aquel camión, sin importarles ir encerrados en la caja, pues el relajo que se traían los muchachos discutiendo a qué equipo le iban, si Nacho Trelles era mejor entrenador que el del equipo de los choriceros y que si el Coruco Díaz era el mejor extremo de México, en fin; para ellos era una experiencia nunca antes vivida; la verdad es que como algunos de los que iban en el viaje eran novios de las tías del Alpiste y otros eran trabajadores de la sastrería de su papá, pues, más allá de los albures finos que se echaban, nadie se atrevía a decir groserías ni pasarse de roscas con los niños, pues los tíos Jorge y Luis, a pesar de su juventud, eran imagen de autoridad para todos.

Como una hora después de haber salido de México, de repente el camión se detuvo y al medio minuto una de las dos puertas traseras se abrió; era Luis que les decía que se podían bajar a desayunar, pues estaban en Tres Marías; empezando por el Alpiste y su primo, al igual que para todos los muchachos que iban con ellos, Tres Marías era un lugar desconocido, por lo que al bajarse, sus miradas hacia el rededor eran de admiración, porque aquel paisaje tan boscoso, lleno de pinos y montañas, les generaba mucha emoción y una sensación de placer, al respirar la deliciosa mezcla de aromas naturales del bosque, revuelta con los olores de los ingredientes con los que las marchantas preparaban los guisados y las quesadillas que ofrecían a gritos a todos los viajeros que se iban bajando de los automóviles y que hacían parada obligada a la mitad del camino.

Inmediatamente el tío Jorge, que tenía experiencia de viajero por su oficio de conductor para los directivos de la COVE, les dijo a los muchachos: “Vénganse para acá que es donde está mi marchanta, ella los va a atender de maravilla”; Sandoval, buen

jugador de fútbol, fue el primero en pedir dos de chicharrón prensado con queso y un atole de chocolate; Alma Grande pidió un plato de birria y un Gran Mister Q, pues dijo que venía un poco crudo; Maxtla pidió dos tlacoyos rellenos de requesón con chorizo prensado, el Vejigo pidió dos gorditas, una de papa con chorizo y otra de tinga de pollo, otro atole y al ratito, el canijo gordito repitió la dosis; mientras tanto Luis se encargó de pedir las quesadillas que se iban a comer los niños; así sucesivamente todos fueron pidiendo, mientras que la marchanta tronaba las manos con bolitas de masa entre las palmas y de pura memoria iba armando el pedido sin que nada se le olvidara; su hermana que era más chica y se veía que estaba solterita, servía los atoles y pasaba los refrescos.

El papá del Alpiste hizo su primer coraje cuando el Chivero eructó sonoramente al término de atragantarse un plato de chicharrón en chile verde con frijoles bayos y media docena de tortillas, mientras sus cuates en coro habían soltado la carcajada, agregando al unísono: “Se oye mal, pero descansa el animal”. No dejando de lado su papel de patrón, Luis le dijo seriamente al Chivero que se comportara. Eso fue suficiente para que no se volviera a repetir y se acabara el chiste para los demás.

Media hora después, todos estaban satisfechos y listos para continuar con el viaje. Como la autopista se acababa justo llegando a Cuernavaca, el resto del camino era de un solo carril, así que el camión tuvo que ir más despacio, cuando alcanzaban a un tráiler o un camión pesado, debía esperar a que quienes iban adelante los fueran rebasando poco a poco y como era domingo, pues había mucho tránsito, aunque fuera temprano, mucha gente aprovechaba para ir a los famosos balnearios que había por toda



El Club Zacatepec, uno de los equipos más antiguos
y de mayor tradición del fútbol mexicano.

la zona: Las Estacas, Tequesquitengo, Puente de Ixtla, El Rollo; algunos otros iban hasta Acapulco, que era un ensueño de lugar donde Johnny Weissmüller Jr. (Tarzán) y Pedro Infante, tenían sus casas de descanso en playas privadas dentro de la bahía, pero que eran famosas porque ya habían sido sede de alguna película.

De repente los que iban adentro de la caja del camión empezaron a oír voces una vez que el vehículo disminuyó la velocidad; por acá, por acá y entonces sintieron que el tío Jorge manejó en reversa hasta que alguien le dio un golpe con la mano a la carrocería; instantes después Luis se bajó y fue a abrirlas para que salieran; la sorpresa fue que ya estaban cerca de una cancha de fútbol con un pasto muy bonito, y que enfrente se veía una tribuna donde mucha gente gritaba porras a favor del Zacatepec, pero para ellos ya no había lugar, así que todos se subirían al techo del camión para ver el partido; otros aficionados ya estaban en las ramas de los árboles cercanos más grandes y, otros más, arriba de los techos de las casas que estaban un poco más lejos.

Con ese partido se definía si el Zacatepec ascendía a la primera división y fue el lateral izquierdo, Coruco Díaz, quien luego se convirtió en el goleador histórico del equipo, quien le hizo el milagro al Zacatepec, anotándole dos goles al equipo del Club Toluca, uno de palomita y otro de penal. Con ese resultado los cañeros del Zacatepec, dirigidos por Ignacio Trelles —entrenador emblemático, uno de los máximos referentes del fútbol en México, que también dirigió a la Selección Mexicana en Suecia, en Chile y en Inglaterra— llegaron a la primera división; más adelante se construyó su nuevo estadio al que nombraron Agustín Coruco Díaz, quien trágicamente murió de leucemia cuando pasaba por sus mejores momentos futbolísticos.

Todo parecía estar en orden, los aficionados del Zacatepec estaban eufóricos y muy satisfechos con el pase a la primera división, pero cuando se empezaron a meter a la cancha y bajarse de las tribunas de enfrente para abrazar a sus jugadores, algunos aficionados del Toluca que habían aguantado vara por ver el partido desde los árboles y arriba de los techos de sus coches y camiones, empezaron a aventarles botellas de refrescos vacíos y uno le atinó a la cabeza de Ignacio Trelles, quien casi se desmayó cuando lo traían en hombros, así que mientras unos lo bajaban y lo llevaban corriendo a la enfermería improvisada en la parte trasera de un vehículo del ejército, cuando era venerado como si fuera dios, otros empezaron a correr hacia los árboles y vehículos donde estaban los contrarios y sin más, los empezaron a bajar a pedradas y aquellos que caían fueron recibidos a puñetazos y patadas.

Ante la situación fuera de control para los organizadores del partido, Luis y Alma Grande de un brinco saltaron al suelo y desde ahí le pidieron al Vejigo y al Chivero que les aventaran a los niños e inmediatamente los metieron al camión; el tío Jorge ya había echado a andar el motor y en cuanto se subieron los demás, así con las puertas abiertas de par en par, arrancó en dirección del campo abierto y después de haberse alejado unos 200 metros donde seguía la bronca, paró el camión para ver si no le había pasado nada, pero quienes iban adentro decían que no se había alcanzado a subir el Chino y que ni siquiera lo veían caminar hacia acá. Como a los cinco minutos llegó la policía local y empezaron a poner orden y de paso a auxiliar a quienes además de haberse caído de los árboles, les habían puesto una buena tunda; Luis y Sandoval, el que andaba haciendo su lucha con Lucy, una de las tías del Alpiste, decidieron acercarse poco a poco para ver

si encontraban al Chino, quien además de estar con la boca reventada de un puñetazo, los policías se lo querían llevar a la cárcel municipal, porque según un aficionado del Zacatepec, decía que él había empezado la bronca.

Conociendo al Chino, que se las daba de boxeador, Luis se acercó al jefe policiaco para pedirle que lo dejaran ir, porque ellos habían venido desde México, traían varios niños y los tenían que regresar temprano. El jefe policiaco se resistía, pero cuando Luis le brilló uno de a veinte, todo se arregló sin más, corrieron hacia el camión y lo importante fue alejarse del estadio de inmediato. Lo que siguió fue una regañada de aquellas al Chino, que no se la acabó durante toda la semana y la burla que le estuvieron haciendo sus compañeros, por aquello de que le rompieron el hocico, según él siendo boxeador profesional.

Ora pro nobis

UNA MAÑANA DE MEDIADOS DE DICIEMBRE, Luis, hermano mayor del Alpiste y sus tres tías más chicas, lo llevaron al mercado de Tacubaya. La aventura fue ir caminando a un lugar tan lejos, cruzando por primera vez las vías del tren, para luego internarse por una colonia que parecía un pueblito donde estaba la iglesia de la Santísima, que hoy sigue ahí a un lado del Periférico para, y finalmente, llegar a ese tumulto de gente y puestos donde se vendía de todo.

La mayoría de los marchantes tenían sus puestos sobre calles enlodadas, entre las banquetas y las vías del tren que bajaban por la avenida Observatorio, viniendo de Belem de las Flores y del otro lado, bajando por el Camino Real de Toluca, que venía de Santa Fe; era época de posadas, así que por todos lados se vendían naranjas, mandarinas, tejocotes, cañas, cacahuates, colación, frutas secas, serpentinas y confeti; en algunos locales había piñatas colgadas, que por primera vez veía el Alpiste; para quienes no tenían para comprarlas ya hechas, había ollas de barro bien horneadas y duras de todos tamaños; para adornarlas se compraba papel de china de colores y papel lustre para los cucuruchos, luego se preparaba engrudo con agua y harina para forrarlas de periódico (*Ex-*



El tranvía de Tacubaya.

célsior o *Novedades*), para que no se rompieran tan fácil; claro que esos fueron los encargos que había hecho el papá para que el mero 16 de diciembre se organizara la primera posada con ponche, tortas y los cánticos de la famosa letanía del “Ora pro nobis”.

El Alpiste no sabía nada de posadas, pero su hermano y sus tías le echaron puros cuento chinos, cuando en su limitado lenguaje infantil les preguntaba que qué eran esas estrellas brillosas y esos animalitos de colores que estaban colgadas entre los postes de las calles.

Cuando estaban terminando de hacer las compras en un puesto cercano a las vías del tren, de repente se escuchó un estruendo enorme por la bajada de Camino Real, seguido de un griterío y corredero por todos lados, con niños caídos y apachurrados al paso alocado de la gente que no sabía qué estaba pasando; su hermano y las tías alcanzaron a ponerse en resguardo junto con el Alpiste a quien de un jalón lo tenían junto al zaguán de la Escuela Militarizada México, que estaba sobre Parque Lira. Al poco rato, ante la situación de caos y desesperación de la gente, un joven oficial vestido de uniforme beige, les pidió a las personas que se habían logrado meter a la escuela, que lo acompañaran para llevarlos a la otra salida por avenida Observatorio, que estaba 200 metros arriba, en ruta hacia la casa del Alpiste.

Desde luego que el principal encargo de su hermano y las tías era que cuidaran al niño y, por lo tanto, antes de saber qué había pasado allá abajo, se llevaron su cargamento intacto de compras con todo y ollas, y las tías Marilú, Alicia y Cristina agarradas de la mano, con el Alpiste en medio, apresuraron el paso para tomar el tren que subía a Observatorio y llegar para su casa lo más pronto posible. A lo lejos se escuchaban las sirenas de las



Las tías del Alpiste arregladas para una fiesta.

primeras ambulancias que llegaban, a lo que se entiende fue un gran siniestro del que se habló en los noticieros de la radio y en los periódicos por varios días.

Al llegar a la casa sanos y salvos y avisar que algo horrible había ocurrido en el mercado de Tacubaya, su papá, algunos de sus trabajadores y sus cuñados, se fueron corriendo para ver qué había pasado; dos horas después regresaron sin haber podido llegar hasta el punto del accidente, porque la policía y el ejército habían cerrado el paso a los curiosos, pero se enteraron de que el tren que bajaba por Camino Real de Toluca se había descarrilado y aplastado a mucha de la gente y marchantes que estaban con sus puestos sobre las vías, ocasionando muertos y heridos; era un tren con vagones planos de carga que llegaban hasta la parada de Tacubaya y que una vez al día traía abasto para los mercados de Mixcoac y San Ángel. Ese accidente puso en la agenda pública del siguiente regente, la modernización de los mercados de toda la ciudad, tal y como siguen funcionando con algunas remodelaciones en Tacuba, Santa Julia, Tacubaya, Mixcoac, San Ángel, Coyoacán y Portales.

Ese fue el antecedente de la primera posada en la que el Alpiste recuerda haber cantado la letanía del “Ora pro nobis” y haber competido con sus primos a romper la piñata con un paliacate amarrado para taparles los ojos, para que duraran un buen rato aventándole de palos al son de los cánticos “dale, dale, dale, no pierdas el tino, mide la distancia que hay en el camino”. Lo más emocionante fue cuando alguien le atinó con fuerza y empezaron a caer las naranjas, las cañas, los tejocotes y los cacahuates, todos los niños y hasta uno que otro adulto se lanzaron al suelo

para ganarse la fruta, revoloteando los brazos y haciéndole conchita a todo lo que estuviera a su alcance.

Para la segunda piñata, cuando la peregrinación empezó a cantar el “Ora pro nobis”, cada quien con su velita prendida recorriendo en fila alrededor del patio para ir a pedir posada, Luis, el hermano mayor del Alpiste, que era bien latoso, cuando pasó por debajo de la piñata de estrella forrada de papel de china recortado en tiritas con caireles y seis picos bien brillantes de varios colores con sus mechones colgantes, levantó a propósito su mano con la vela encendida y en un dos por tres que se quema todo el ornamento, ocasionando la estampida de los peregrinos en todos los sentidos, incluyendo al papá del Alpiste, que apenas se recuperó del susto, se puso una encabronada de aquellas, porque alcanzó a ver que había sido Luis el causante de todo; entonces su reacción fue correr por su hijo para darle una paliza, pero Carlos y Enrique, que ya estaban mucho más grandecitos que cuando iban por Elena al salón de belleza, lo contuvieron para evitar que hiciera su numerito delante de todos los invitados. Ya calmado el asunto, lo que siguió fue el reparto de un ponche calentito para todos los grandes, acompañado de tortas de romeritos y bacalao; para los niños sus canastitas de colación y sus antifaces con polvo plateado alrededor de los ojos.

Al papá del Alpiste le encantaba organizar esas fiestas porque sentía que eso satisfacía su necesidad de estar arropado por una familia extensa, a la que él sentía que pertenecía, porque mantenía relaciones de compadrazgo con varios de sus concuñados y conocidos de la familia; así que en ese ambiente el Alpiste veía en su padre a alguien que era muy importante, porque disponía

de suficiente dinero para comprar todas las cosas que se necesitaban para la posada, además de que pagaba todo lo que se ofrecía a los invitados. Ese era el mundo del Alpiste y dicho por él, eso lo valoraba bastante.

La fila de los burros

SI HUBO DAÑO PSICOLÓGICO O NO, si fue grave o no lo de los sueños de aserrín, quién sabe, pero el Alpiste reconoce que además de comerse las uñas hasta los 50 años, problema que se resolvió cuando su dentadura original ya no se lo permitió, hasta entrada su juventud, siempre fue temeroso ante cualquier situación que se saliera de lo normal. También fue muy retraído de niño, distraído y poco atento a las exigencias de las obligaciones con las tareas de la primaria; él se aburría mucho cuando las maestras daban la clase bajo aquel sistema en el que se iniciaba poniendo la fecha en el pizarrón, para luego poner ejemplos de palitos, óvalos y letras muy bien delineadas por la maestra Laura, con el principal objetivo de aprender a hacerlas bonitas y dentro de las hojas de doble raya que tenían los cuadernos para que se distinguiera bien entre letras altas y bajas; él veía que algunos de sus compañeritos conservaban sus cuadernos durante todo el año muy bien forrados, con un margen bien derecho, las planas con letras perfectamente escritas y que nunca los manchaban con sus plumas que se tenían que recargar en el tintero que se ponía en un agujero del centro de la banca que compartían con su compañero a partir del tercer año.

A la mamá del Alpiste le costaba mucho trabajo hacerlo entender que las tardes eran para hacer la tarea; él lo que quería era darle vueltas al patio con la bicicleta que le habían traído los Reyes Magos a él y su hermana; por eso a partir del tercer año de plano le empezó a ir muy mal con las calificaciones. Ante este desapego al estudio, su mamá tuvo que ir cada fin de año a pedirle por favor a las maestras que no lo reprobaran, que lo pasaran de año; aun así, cuando llegó a tercer año, donde tuvo a la maestra Anita, la más bonita de la escuela, esa fue la que no se tentó el corazón y lo reprobó, porque decían que ese era el año más difícil de la primaria y que si el niño no sabía multiplicaciones y divisiones, ni tenía buena ortografía, menos podría con las conjugaciones en todos los tiempos y modos, los adverbios, la raíz cuadrada y los logaritmos que se enseñaban de cuarto año en adelante.

De por sí, el Alpiste arrastraba desde el kínder el problema del daltonismo que le descubrieron cuando iluminó el pasto anaranjado y el cielo lila; en ese entonces las maestras hicieron un escándalo, primero porque en el kínder Morelos ni conocían esa anomalía hereditaria, pues no se imaginaban cómo un niño con esa “enfermedad”, iba a progresar en la escuela y cómo se iba a desenvolver en la vida si muchas de las cosas básicas se resuelven conociendo los colores, por ejemplo, las sustancias químicas, los líquidos, las medicinas, las flores, las luces de los semáforos, etcétera; en fin, veían el problema como un tema relacionado con deficiencia de aprendizaje, flojera, ignorancia y hasta estupidez.

Las personas que nacen así, con el tiempo se dan cuenta que eso no se corrige ni con lentes especiales, pero en cambio se pueden tomar ciertas prevenciones, para no cometer tantos errores en la vida cotidiana, entre otras fijarse en la forma de las cosas,

la textura de los materiales, las tonalidades que asumen los colores dependiendo de la superficie de que se trate, y la más común, preguntar. Por otra parte, ver diferente a las personas normales da ventajas en ciertas circunstancias; por ejemplo, distinguir cosas, ropajes de camuflaje o animales en determinados ambientes que para la mayoría de las personas son imposibles de ver, para un daltónico es común ver una lagartija recargada en una piedra del mismo color que el animalito; según la historia de la Segunda Guerra Mundial, los daltónicos fueron llevados en aviones para distinguir al enemigo camuflado, pues sin importar los colores que usara, éstos los distinguían sin mayor problema; aun con esas ventajas, el Alpiste no se salvó de unos cinturonzos, el día que su papá lo encontró dándole grasa a sus zapatos cafés nuevos con la grasa negra, pensando que lo hacía por ocioso.

El Alpiste recuerda que el primer día de clases, ya en el nuevo grupo de tercero, estaba muy emocionado porque le había tocado con la maestra Anita, la más bonita de la escuela, pero pasó una gran vergüenza con ella, pues estando formados con distancia tomada en el patio de la escuela, antes de ser llamados por el micrófono para ir a su salón, de repente apareció la maestra Amalia que venía recorriendo la fila de niños; era la maestra que había tenido en segundo año, una de las más enérgicas y gritonas de la escuela, iba presentándole a la maestra Anita niño por niño y cuando llegó al Alpiste, simplemente dijo “éste es un burro”. Algo que él reconoce que era cierto, ya que no se sabía bien las tablas de multiplicar, ni había hecho bien durante todo el año las planas de óvalos y palitos.

Dice el Alpiste que la maestra Anita era tan bonita, que aunque lo reprobó en aquel noviembre traumático, nunca le

guardó rencor, más bien, seguido soñaba despierto con ella, sobre todo cuando admiraba su belleza desde su banca; lo malo para el Alpiste fue que al año siguiente, después de su fechoría, la maestra ya no regresó a la escuela, porque se casó y nunca más se volvió a saber de ella.

La verdad es que el Alpiste no sabe porqué era tan malo en la escuela, pero lo que sí reconoce es que le daba mucha flojera hacer las tareas, estudiar los apuntes que copiaban del pizarrón o leer los libros que correspondían según el grado en que estuviera; lo que más le costaba trabajo era tomar apuntes de las clases que las maestras daban de historia y geografía y todavía más, cuando le tocaba levantarse para leer, pues nada más se le pasaba tragando camote, hasta que la maestra mejor lo sentaba; la verdad es que como nunca leía en silencio, cuando lo hacía en voz alta, pues era un verdadero fracaso, pero ni siquiera por eso le dedicaba un poquito de tiempo al asunto.

Él recuerda que Rodolfo Quintero, José Luis Astorga y Enrique Ortega siempre llevaban sus cuadernos bien limpiecitos, sus apuntes muy ordenados y con letra muy bonita; ellos se sabían las tablas de multiplicar, los artículos determinados e indeterminados, los pronombres, los adjetivos, sabían conjugar los verbos en diferentes modos y tiempos e identificar los adverbios con los sujetos directos e indirectos; de historia y geografía se sabían de memoria los nombres de todos los emperadores aztecas y los nombres y capitales de los 29 estados y de los dos territorios de la República.

Por eso cuando se aproximaban los exámenes mensuales, siempre quedaban en la primera fila pegada a la ventana, disputándose entre ellos el primero, segundo y tercer lugar del salón;

mientras que al pobre Alpiste siempre le tocaba entre la cuarta y quinta fila, a los que de plano eran más burros que él, les tocaba sentarse en la sexta fila; allá estaban Eduardo Sánchez, Jorge Trujillo, José Olvera y Ricardo Coronado; Roberto, que era nieto del maestro Miranda, siempre quedaba entre la segunda y tercera fila; lo malo era que aunque las niñas estaban separadas en los salones del tercer piso, luego se enteraban de quiénes eran los burros y los aplicados y eso tenía mucho que ver a la hora del recreo porque las niñas, ya desde esa edad, vaya que se fijaban en los más aplicados, los más guapitos y los que echaban más relajo.

A diferencia del Alpiste, que de niño siempre quiso ser piloto aviador –pero siempre lo desanimaron porque ya sabían en su casa que era daltónico– a Roberto Miranda su papá lo pudo meter al Colegio Militar, porque aunque nunca se pudo hacer cargo de la sastrería de su papá, los altos jefes militares se acordaban de él y su nieto, porque lo llevaba a jugar a la Defensa Nacional cuando iban a entregar uniformes. Claro que Roberto pasó todas las pruebas de rigor, que no eran nada fáciles; luego, cuando egresó como teniente, se fue a la Escuela Superior de Guerra y de ahí al Estado Mayor Presidencial; cuando el Alpiste acompañaba a su hermano mayor a entregar uniformes a los diplomados del Estado Mayor, se encontraba con Roberto Miranda, que ya era teniente coronel y platicaban un poco con él de sus diabluras cuando iban a la primaria. Pasó el tiempo y cuando el doctor Ernesto Zedillo Ponce de León llegó a la Presidencia de la República, nombró jefe del Estado Mayor Presidencial al general Roberto Miranda; así que si su papá nunca pudo cumplir con el deseo de su abuelo, en el sentido de darles trabajo a los operarios de la sastrería, en cambio se había convertido en operario del papá

del Alpiste, a partir de ese momento el general Roberto Miranda, gracias a la amistad que tuvo con el Alpiste cuando eran niños en la escuela, autorizó que todos los pedidos de uniformes se los dieran al papá del Alpiste, de lo cual, más adelante Luis, su hermano mayor, sacó mucho provecho.

Los años maravillosos

EL GRAN PROBLEMA para el Alpiste desde el tercer año, fue tener que llevar cada inicio de mes la boleta de calificaciones para que la firmara su papá, pues le tenía mucho miedo desde que le pegó una tunda cuando iba en segundo, porque una vez le encontró un juguetito que le había pedido prestado a un compañerito de la escuela y su papá pensó que se lo había robado. Conociendo que su papá era de armas tomar, lo que él hacía era esconder la boleta en el fondo de la mochila, aunque quedara como chicharrón. Cada vez que la maestra le pedía la boleta firmada, él decía que se le había olvidado, hasta que de la Dirección llamaban a su mamá, el asunto se ventilaba en la casa, con el gran temor de que su papá le fuera a dar otra paliza, pues para él era muy importante que sus hijos estudiaran, para que no se tuvieran que estar “sobando el lomo” como él, que no tuvo la oportunidad de ir a la escuela en su pueblo, porque sólo había hasta tercer año, y aunque él quiso seguir, sus papás no lo dejaron porque se tendría que desplazar hasta Zitácuaro.

El Alpiste se describe como un niño distraído, flojo, introvertido y temeroso de la autoridad de su padre y de su abuelo; la mayoría de las maestras también le inspiraban temor y no se



Acompañado por familiares y amigos,
el Alpiste celebró su Primera Comunión.

diga la directora Imelda, que se veía que era muy enérgica. De la escuela lo único que le gustaba era la hora de deportes, jugar con los otros niños, andar de morbosos viendo a las niñas con las que convivían sólo durante el recreo, pues estaban en los salones separados de tercer piso; de los “muñequitos” sólo le gustaba ver los dibujos, pero no leerlos; era un niño fácil de ser sometido por otros; tal vez su obediencia respondía a los resortes del miedo a su papá, por eso prefería pasar desapercibido, cuando las situaciones entre los niños le parecían riesgosas, fuera de control o excedidas de audacia; por lo mismo, durante algún tiempo, Pancho, un niño malvado, vecino de su colonia que iba en su grupo, durante algún tiempo le quitó los 10 centavos que le daban para el recreo.

Pancho le decía que él le debía y aunque el Alpiste por temor le llegó a dar su dinero algunas veces, el niño le seguía cobrando cada vez que se le antojaba. Un día que se lo encontró en la calle afuera de su casa, cuando iba a la tienda de “la marchanta”, pero esa vez se armó de valor, tal vez porque se dio cuenta de que su mamá lo estaba viendo desde la ventana y entonces se envalentonó y le dio un aventón fuerte; Pancho se fue corriendo a su casa y al poco rato vino con su tía a cobrarle a su mamá; pero el Alpiste al ver que su mamá abría el monedero para pagarle después de preguntarle que cuánto le debía el Alpiste, él aclaró con seguridad inexplicable, que Pancho llevaba tiempo quitándole su dinero en el recreo y que él no le debía nada. Como las dos señoras se conocían de años atrás, la cosa quedó ahí y Pancho nunca más se volvió a meter con él. Con el tiempo se supo que Pancho, ya de grande, terminó mal y hasta fue a dar a la cárcel, por algunos delitos relacionados con narcomenudeo.

El Alpiste dejó de mecerse en la cama en sus primeros años de infancia, pero siguió siendo un niño de casa, pues la calle era considerada mala para su familia, sólo salía por los mandados que le encargaban su mamá o sus tías, pero no más lejos de dos cuadras, pues en eso, su padre siempre fue muy estricto; jugar o tener amistad con los niños de la calle, siempre fue imposible, luego entonces, a él no le quedó de otra, más que jugar con su hermana, con el consentimiento de su primo Jorge que vivía en los cuartos del fondo de la planta baja, y con sus primos Manuel y Angélica, cuando los traía la tía Irene a saludar al abuelo. Ellos vivían sobre la misma calle a una cuadra, en otra casa con un ambiente muy similar, donde los hombres preveleían como jefes de familia, además de ser militares, de los cuales, el más joven, llegó a ser administrador del Hospital Militar, quien mientras vivió apoyó a todos sus sobrinos para que fueran a estudiar, incluso a escuelas privadas, cuando no los recibían en las oficiales.

A propósito del primo Jorge, al que el Alpiste le ponía sus trancazos cuando eran chicos, no tenía papá; su mamá que era enfermera se casó con un mecánico aviador, con quien tuvo tres hijos más, algunos de los cuales nacieron en la misma casa del Alpiste; lo importante es que ese niño que seguramente se supo abandonado por su padre, y posiblemente desatendido por su madre, sí siguió sus estudios a diferencia del Alpiste, que cuando se salió de la secundaria del Colegio Luis Vives, se sintió muy a gusto porque se acabaron las presiones mensuales de la firma de las calificaciones, pues seguía sacando puros cuatros; lo único que le gustaba era jugar fútbol con sus compañeros, muchos de los cuales también llegaron a la universidad, así que en ese momento se decidió por aprender el oficio de su padre, decisión en la que

siempre lo apoyó su abuelo Juan, quien decía que “no había como un buen oficio, porque siempre te daba para comer”.

Por su parte, su primo Jorge siguió estudiando hasta la universidad y para el movimiento estudiantil, él estaba en París estudiando un doctorado en la Sorbona, así que le tocó vivir y participar en el histórico “Mayo del 68”. Ya en México, él fue uno de los líderes que impulsaron la organización del SPAUNAM, por lo que fue a dar a la cárcel por unos días; más adelante fue alto funcionario de la universidad.

Luego durante el levantamiento del EZLN en Chiapas, él, junto con Marco Bernal, participó en la negociación para lograr “Los Acuerdos de San Andrés Larráinzar” y después fue subsecretario de Recursos Naturales en Semarnat, nombrado por el presidente Ernesto Zedillo.

El Alpiste lo recuerda con orgullo, pero a la vez con tristeza, porque dice que aunque vivieron en la misma casa cuando eran niños y fueron juntos a la primaria, él se fue alejando de toda la familia y aunque lo fue a buscar para felicitarlo por su cargo, no lo recibió.

De Cacahuete a millonario

CUANDO ERA CHICO LUIS, el hermano mayor del Alpiste, estaba muy acinturado, por eso los Márquez que vivían en la casa de junto, le pusieron el Cacahuete; él siempre fue muy hablantín, rebelde y desobediente, por eso su papá siempre le andaba dando sus coscorriones, y cuando lo sacaba de quicio hasta sus cinturonzos le tocaban. Alguna vez, quién sabe qué hizo allá en la sastrería, que su papá salió corriendo tras él para darle sus patadas, pero cuando lo alcanzó, éste se hizo de lado y su papá le pegó al tanque de gas, así que mientras el chamaco se echó a correr para esconderse debajo de alguna cama, Luis se quedó retorciendo del dolor.

Como le gustaba mucho el dinero, iba a las casas de todos su tíos y vecinos para comprarles su periódico y botellas que ya no usaran, también les ofrecía bolear sus zapatos, así que de repente llegaba con un costal de las cosas que le vendían, con la promesa de pagarles al otro día; lo que él hacía era ir a un depósito que estaba por El Chorrito, cerca del mercado, donde le pagaban 10 centavos más por cada kilo de periódico y 5 centavos más por cada botella de esas de licor que se tomaban durante las posadas; lo mismo ocurría con las botellas de sidra Pelayo o de rompope;

en este negocio el Alpiste jugaba un papel importante, porque había que ayudar a cargar los bultos de periódico y las cajas con botellas a cambio de una porción que quedaba a criterio del Cacahuate, pero ahí no terminaba la sociedad, el Alpiste también aprendió a boleear los zapatos de todos sus tíos y tías con un cajón que su hermano había confeccionado en el taller de carpintería que llevaba con el profesor Tinoco en la primaria 7 de Enero.

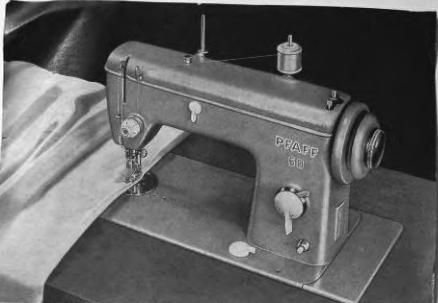
Lo emocionante para el Alpiste fue el día que su hermano el Cacahuate llegó con unos baleros, polines y tablas para armar lo que sería un carrito para movilizar los cargamentos de la empresa; así que pusieron manos a la obra y a rebajar los ejes de madera donde iban a quedar incrustados aquellos baleros que se veían tan brillosos y bien aceitaditos; lo que siguió fue armar el chasis y la carrocería sobre la cual se iban a amarrar las cajas y bultos que se llevarían a vender al depósito de El Chorrito; la verdad es que el negocio iba viento en popa, mientras que para el Alpiste a sus 8 años, eso era como un juego que lo divertía.

Los grandes fracasos del Cacahuate en la escuela, después de haber sido expulsado de cuatro primarias, incluyendo la 7 de Enero y la Academia Militarizada México, apenas pudo terminar el sexto grado a los 15 años en la primaria Balmori; entonces su padre lo tuvo que meter a trabajar en la sastrería para que aprendiera el oficio; a los pocos meses el muchacho aprendió a hacer pantalones y pronto empezó a quedarse a velar con la idea de ahorrar para comprar una máquina eléctrica Pfaff, la primera que hubo en la sastrería de don Luis y con la que se sobrehilaban los delanteros de los pantalones en cinco minutos, en lugar de hacerlo a mano en media hora; entonces el Cacahuate ofreció a los

pantaloneros del taller el servicio del sobrehilado por dos pesos, de tal manera que todos salían ganados.

En poco tiempo recuperó lo invertido en aquella máquina, pero por su inquietud, le pidió a su padre que lo enviara con el señor Quiroz, para aprender a hacer sacos con el mejor maestro que tenían y así fue; don Luis le pidió al maestro que le hiciera la valona de enseñarle a su hijo a hacer sacos y el maestro Quiroz, que ya llevaba mucho años trabajando con don Luis, aceptó; pero como al mes y medio le dijo que su hijo ya le estaba queriendo dar clases, así que se lo regresó y aunque todavía le faltaba aprender a colgar mangas, que es lo más difícil del oficio, el Cacahuate estuvo de regreso en la sastrería de su papá; ahí estuvo sólo por seis meses más mientras ahorró para buscarse un local allá por la colonia Condesa para tener su propia sastrería, ya que mientras estuvo yendo a la casa del maestro Quiroz, se daba cuenta de que los sastres de la zona ganaban mucho más dinero, porque los clientes pagaban bastante mejor las hechuras de sus trajes a la medida.

Así, a sus 17 años el Cacahuate volvió a juntar dinero suficiente para pagar el traspaso de una pequeña lavandería en la calle de Sonora, se llevó su máquina Pfaff, y su papá lo tuvo que apoyar para que el señor Pepe Llanes, el distribuidor de casimires de Isabel la Católica, le extendiera un crédito para hacerse de varios cortes de casimir y materiales de habilitación, de tal manera que pudiera empezar a vender trajes con todo y tela. Ya instalado en su nueva sastrería conoció a Los Táriácuri y a León Michel, que le empezaron a llevar clientes de Televicentro; no obstante que no le iba tan mal en sus inicios, él le empezó a insistir a su



PFAFF Klasse 60

Geradstich-Nähmaschine für den Haushalt
 mit Zentralspülengraifer und eingebautem Einfüller; mit Gelenkfadenhebel, auf-
 klappbarer Greiferbohle, versenkbarem Transporteur, eingebauter Nähleuchte,
 von- und rückwärtshändig.

Nähgeschwindigkeit bei Fußabstoß: 80 bis 100 U/min.
 zulässige PS/Nähgeschwindigkeit: 120 U/min.
 Motor: Kohlenmotor KU 52
 Motor-System T55 X
 Drehmoment: 220 x 120 mm

Grundplattengröße: 372 x 178 mm
 Nennleistung: (Charwell class) 12,8 kg
 Ölsystem mit Zulaufrohr 15,9 kg
 Einflößenrohr: (Charwell mit Zulaufrohr in
 Käse verpackt) 24 kg

G. M. - PFAFF AG - NÄHMASCHINENFABRIK - KAISERSLAUTERN
 Nr. 836 Seite 55

Pfaff, la máquina que compró el Cacahuete.

papá para que hablara con algunos de los pilotos de la Fuerza Aérea, que eran sus clientes desde hacía muchos años, para que lo recomendaran con el jefe de Abastos de la Defensa Nacional para que lo incluyeran en la lista de proveedores de uniformes militares, como en su tiempo lo había hecho el maestro Roberto Miranda.

El papá del Alpiste buscó al jefe de pilotos de la Comisión Federal de Electricidad con quien tenía cierta confianza y le pidió que recomendara a su hijo para tal efecto y así fue; el capitán Casillas citó al Cacahuete en el cuarto piso de la Defensa Nacional y se lo encargó al teniente Rubio, que era el asistente del general Zavala, para que lo pasara a su despacho en cuanto pudiera, porque ya había hablado con él sobre el asunto que le quería tratar; ahí lo tuvo sentado en un sillón de piel como dos horas, hasta que le tocó su turno; claro que en ese rato el Cacahuete ya había entrado en confianzas con Rubio, de tal manera que él mismo lo acompañó hasta dentro de la oficina para introducirlo con el general, dándole algunos de sus particulares positivos.

Lo primero que le dijo el general fue que esperaba ver a una persona mucho más grande, no a un escuincle de 21 años, pero el Cacahuete, con cierta audacia y capacidad de improvisación, le dijo: “Señor, es un gusto conocerlo en persona, ya mis maestros de sastrería, que han sido mi padre Luis y mi tío Mariano, que por muchos años le han hecho sus uniformes a varios pilotos de la Fuerza Aérea, incluyendo a los del Escuadrón 201, me habían comentado de su persona y desde luego, no me extraña su sorpresa por mi corta edad, pero a usted siempre le ha gustado ayudar a los jóvenes; además mis maestros me van a seguir apoyando, si

usted tiene a bien darnos la oportunidad de incluirnos en el grupo de sastrerías proveedoras de la Defensa Nacional”.

“Mira –le dijo el general– el capitán Casillas es un gran amigo mío y le tengo mucha confianza; siempre que vuelo, lo mando llamar para que sea él quien me lleve a mis reconocimientos por las zonas militares; sólo por él te voy a ofrecer un primer pedido de 50 uniformes, pero no me vayas a fallar cabrón, si llegan a venir alguno de los jefes a quejarse de tu trabajo, será la última vez que tengas esta oportunidad”. Ese fue el inicio de una relación que muy pronto se convirtió en amistad duradera, a pesar de la diferencia de edades, y en pedidos que poco a poco fueron creciendo hasta convertirlo en el proveedor más importante, sólo después de la COVE, pues los militares solicitaban por montones hacerse sus uniformes en la sastrería del Cacahuate, que la verdad siempre se apoyó en la experiencia de su papá y su tío Mariano.

Mientras que su hermano, que sólo le llevaba 5 años, estaba haciendo negocios de gente grande, el Alpiste vivía entretenido por la música de “Los grandes años del rockandroll”, los Panchos y la Sonora Santanera y la amistad de los trabajadores de la sastrería de su papá, ambiente del que abrevaba cultura, experiencias de la vida práctica e información mínima para entablar relación con las niñas. La etapa de asociarse con su hermano para los pequeños negocios de su época infantil, se fue transformando en un tipo de relación más formal de tipo laboral, en la que el Alpiste recibía pagos por ir a cuidar el negocio, mientras él iba a resolver asuntos relacionados con los pedidos que conseguía en la Defensa Nacional.

La precocidad del Cacahuate lo llevó a tomar la decisión de casarse a los 19 años, tener 5 hijos a los 28, pero haberse hecho de una primera fortuna a los 25, que le permitió tener casa propia y dos edificios con 40 departamentos para renta, así como de otras propiedades que le daban una posición cómoda para viajar por el mundo y tener autos último modelo que usaba a discreción para él y su esposa. En esa perspectiva, el Alpiste pensaba que teniendo hermano rico, pues él, sus otros hermanos y padres, tendrían su situación económica resuelta; de hecho, le iba tan bien al Cacahuate, que luego metió a su papá a la Defensa como proveedor, negocio del cual también pudo hacer un edificio de departamentos, que les daban un nivel de vida más elevado.

La verdad es que al Alpiste siempre se le dificultó el aprendizaje completo del oficio y en el fondo tampoco le gustaba tanto vivírsela echando puntadas; lo que a él le entretenía era atender a los clientes, platicar con los pilotos sobre sus experiencia de vuelos y los lugares a donde iban, pero más allá de cortar y probar, luego prefería andar por la ciudad acompañando a su papá o a sus tíos, a entregar trajes o a cobrar los abonos cada quincena, porque era subirse al coche y distraerse por todas las calles y avenidas, que en ese entonces eran bastante más tranquilas, además de ir platicando y hacer una que otra parada en algún puesto de mariscos o tacos que quedaban en la ruta de su itinerario.

Hasta la fecha, como dice el Alpiste, aunque ya nadie se dedica a la sastrería en su familia, su hermano sigue haciendo mucho dinero con negocios inmobiliarios; tal vez por eso ya casi no se ven; además, como el Cacahuate ha de sentir que el Alpiste está muy jodido, pues ya ni lo busca, ha de creer que le va a pedir prestado: “y en eso sí que mi hermano está muy equivocada-

do, porque yo pobre, pero orgulloso; que más quiero, si tengo salud, vivo aquí en la casita que me dejó mi papá muy a gusto, y mis hijos, aunque no llegaron a la universidad, tienen su buena chamba, además, yo de vez en cuando me echo unos gallitos que me traen los vecinos y de ahí saco mi lanita y con eso la vamos pasando muy felices mi vieja y yo; aquí en la cerrada, cuando algo se le atora a alguien, siempre nos echamos la mano, sin mayor interés que el de ayudarnos unos con otros”.

Post Card

CARTE POSTALE

Communication—Correspondence

Address—Adresse



Este Foto Fue Tomada el dia 30
de Agosto de 1942 A la Edad de
un año y Quince Dias
Augusto de 1942
A. Lopez

Los sueños de aserrín, de José Antonio Rosique, se terminó de imprimir en diciembre de 2018. Edición e impresión: Váksu editores, Gallo 40, col. Granjas Banthí, 76805 San Juan del Río, Querétaro, tel. 427 138 1568 [vaksu.editores@gmail.com]. El tiro consta de 1,000 ejemplares.



Para mayores de 70, para menores de 70, pero también para mayores de 13... *Los sueños de aserrín* evoca los recuerdos entrañables de una infancia, de un tiempo siempre presente en la memoria: un ejercicio de narrativa urbana nostálgico y esclarecedor de múltiples entretiempos de vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

PRECIO FIJO
\$ 2.00

INSTANTANEAS "MILAGRO"
MARTINEZ-TEL. 15-03-61